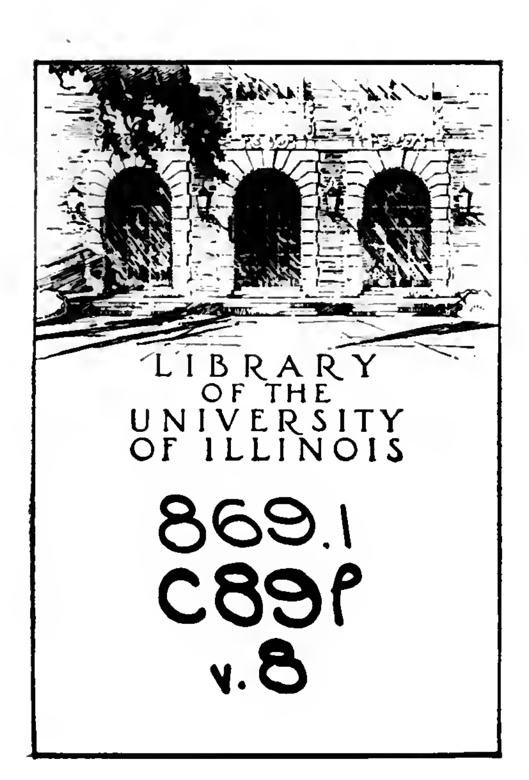


869.1
C89f
v. 8
LA
LINTERNA
MÁGICA
POR
FACUNDO



LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS
869.1
C89p
v.8

LA

LINTERNA MÁGICA

COLECCIÓN DE NOVELAS

DE

COSTUMBRES MEXICANAS, ARTÍCULOS Y POESÍAS

DE

FACUNDO

(JOSÉ T. DE CUELLAR)

ilustrada con grabados y cromolitografías.

TOMO VIII.



SANTANDER.

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE «EL ATLÁNTICO»

BLANCHARD Y COMPAÑÍA,

Plaza de la Libertad, número 1.

1890.



José T. de Cuellar

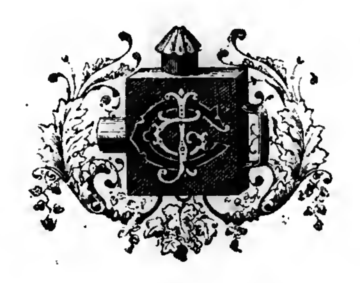
La Linterna Mágica

SEGUNDA ÉPOCA.



DE

JOSÉ T. DE CUELLAR



SANTANDER.
Imprenta y Litografía de EL ATLÁNTICO,
BLANCHARD Y COMPAÑÍA,
Plaza de la Libertad, número 1.
1890.

A LOS MIOS.

Me dirijo á ese círculo que han ido estrechando poco á poco el tiempo, las vicisitudes y la muerte: le hablo cuando el peso de mis días y la irresistible realidad de lo finito me hacen palpar el vacío de todo lo que va muriendo al derredor de mí.

Y por que el pálido fulgor de mis versos, que un día brilló en mi juventud, pueda aún herir algunas almas dispersas del Tabor, doy este libro, no al mundo literario ni en pos de fama, sinó á los míos en busca de un recuerdo.

José F. de Cuellar.

POESÍAS DE CUELLAR.

PRIMERA PARTE.







FLORES DEL ALMA.

Ave errante, cruzando el infinito
Por este mundo paso.
La ley de la materia me entretiene
Entre el placer y el llanto.
Y al ir desde la cuna hasta el sepulcro
Bien sé que, infortunado,
He de llegar á ser ceniza fría
Para propios y extraños.
Mas por que no se olvide hasta mi nombre
Al disiparse el ruído de mis pasos,
Flores del alma en mis amantes versos
Con júbilo derramo,
Y así las almas puras que me amen
Las cogerán, pensando
Que, mañana, tal vez por esa prenda,
Allá en la eternidad nos conozcamos.





EL SUSPIRO Y LA LÁGRIMA.

—¿ADONDE vas?—una furtiva lágrima
Le preguntó á un suspiro—
¿Cual todos tus hermanos vas al viento
Sin rumbo y sin destino?

—Voy en alas del viento do me manda
Un pecho conmovido—
Dijo al pasar junto á la tibia lágrima
El íntimo suspiro—
Voy á un punto del cielo muy remoto,
Pero con rumbo fijo,
Y nadie vé la senda misteriosa
Por donde yo camino.
Tiene poder sobrado quien me manda,
De la piedad soy hijo

Adios!—y echó á volar; y ya al perderse
En el inmenso espacio de zafíro
—¿Adonde vas,—la lágrima repite—
Adonde?
—Al Paraiso.

Entretanto la lágrima del ojo
Á tierra hubo caído,
Envidiando, ya fría y casi yerta,
La dicha del suspiro.
—Ay, yo también salí callado y triste
De un pecho conmovido
Por el dolor y el hambre de los pobres
Sin amparo ni abrigo;
He salido de un alma que sufría,
La caridad me hizo.
Y he de morir en el inmundo polvo?
Desconozco el camino
Para llegar á donde van, como ése,
Felices los suspiros.

En tanto vino el frío de la aurora,
Y leve niebla coronando el río

Se fué elevando como polvo de oro
Y se perdió en el cóncavo infinito....
Allí subió la lágrima, siguiendo
La huella del suspiro,
Hasta llegar, como él, hasta las plantas
De Dios en el eterno paraiso.



LAS GOLONDRINAS.

Cuando veas las pardas golondrinas
Alegres y dispuestas á emigrar,
No pienses que, como ellas, fugitivo
Mi ardiente amor será.
Cuando modulen sus alegres trinos,
Goza de su cadencia celestial;
Pero no pienses que mi amor es eco
De esa ave que se vá.
Medita en que si cruzan revolando,
Es el amor origen de su afán,
Y si cantan y el eco al fin se pierde,
Muy pronto volverán.
Aves y cantos morirán mañana,
Flores, nubes y estrellas pasarán;
Mas la pasión que tu beldad me inspira
No ha de morir jamás.



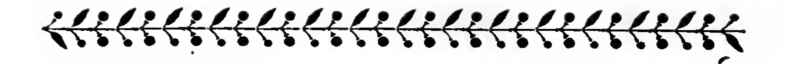
TRISTE.

No tiene encanto para mí la vida,
Ni la naturaleza me sonríe;
Y hasta la luz del sol no sé que tiene
Si tú estás triste.

Me parece que el cielo con la tierra
Forma una tumba donde mi alma vive,
Y que son sus antorchas funerarias
Tus ojos tristes.

Me figuro que la hora postrimera
En que del mundo vaya á despedirme
Deberá ser alguna de esas horas
En que estás triste.





TE ACUERDAS....?

Te acuerdas...? Asomada á tu ventana
Que daba hacia el jardín....
Aquella noche.... ¡Cual pasó! ¡tan breve...!
—Ay en mi vida me sentí más grande
Y en mi vida mujer ó sombra leve
Me ha conmovido así.

La blanca luna en tus pupilas negras
Brillaba: para mí
Tenía tu mirada de los cielos
Toda la luz; y me bañaba el alma
Aniquilando penas y desvelos....
¡Era yo tan feliz!

Tus blancas ropas—blancas cual la nieve—
A tu cuerpo gentil
Como espuma en el mar á la onda rauda
Ceñían, cayendo cual cascada luego

A flotar en la alfombra en ancha cauda
Como la de una hurí.

Te acuerdas..? Con tu mano entre las mías...
Tu mano de jazmín,
Mano de niño, tersa, perfumada,
Como tú cariñosa y hechicera
Y como tú expresiva y delicada,
Formada para mí.

La brisa acariciaba tus cabellos
Para enseñarme á mí,
Y la luna ordenó á las madreselvas
En la boca besarte con su sombra....
Y reinaba el silencio de las selvas
Para reinar por tí.

¿Recuerdas la primera golondrina
Que miramos salir?
Cantaba nuestro amor... Mas no la oyeron.
Si alguna vez anida en tu ventana
Dila que sueños, que ilusiones fueron
Lo que... indiscreta! imaginaba oír.

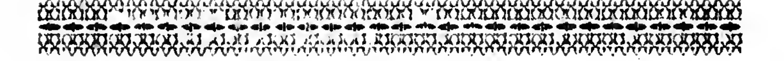


LA HOJA DE LAUREL.

Al leerte unos versos, de tus ojos
Vi una brillante lágrima brotar.
Hay de común al alma una esperanza,
Hay un Dios, y una fé y una verdad.

La lágrima que brota á mis acentos
De alguna flor del alma es dulce miel;
Cuando la arranco, avara el alma mía
La guarda como una hoja de laurel.



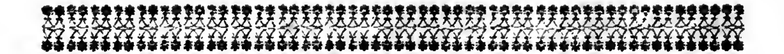


LAS PENAS SECRETAS.

De noche en las horas tranquilas del sueño
Las víctimas tímidas lloran;
Las pobres ocultas en sombras, beleño
No apuran y tristes imploran
Del cielo piedad.

Velando ellas solas, un himno
Tristísimo y lúgubre elevan,
No lo oyen los hombres; que místico y santo
Los ángeles raudo lo llevan
Á la eternidad.





LA VIDA Y LA MUERTE.

Quiso Dios y bajando conmovida
El alma á disfrutar humana suerte,
Vino á abrazar á la materia inerte
En la remota inmensidad perdida.

De ese abrazo de amor nació la vida.
De otro abrazo de amor nace la muerte.





FLORES Y ESPINAS.

He recojido abrojos á millares;
lo saben los ingratos.
Pero una que otra flor llevo en mi seno
De algunos que me amaron.
Cuando parta de aquí, liviano el peso
Será de lo que cargo.
Recojerán entonces tanta espina,
Tras de mí, los ingratos.



CALLA!.....

No digas que hemos visto á las palomas
Besarse enamoradas....
Si te preguntan si las viste.... mira,
No se lo digas ¡calla!
No digas si la linfa de la fuente
Estaba turbia ó clara....
Nunca hables de la sombra de aquel olmo...
Ni digas que en sus ramas
Parecía gemir la dulce brisa
Con notas acuitadas....
No confieses que has visto ni una rosa
Marchita ó deshojada....
Si te preguntan de todo esto.... acuérdate,
No se lo digas... ¡calla!...





TU MIRADA.

Voy vagando perdido en el espacio,
Sin rumbo, indiferente á cuanto veo;
Como esas aves que en la mar errantes
Surcan el viento.
Enmudezco en las horas de tu ausencia
Como en la paz del triste cementerio;
Como la rota, abandonada lira
Del bardo muerto.
Pero apenas me fijas tu mirada,
Donde la vida y la ventura encuentro,
Soy un rayo de amor que raudo cruza
Al través de tus ojos hasta el cielo.





SU INDECISIÓN.

SONETO.

Es inútil que luche el juicio frío
Para buscar el fuego que no existe,
Un volcán pudo ser lo que sentiste
Pero es tu indecisión hielo sombrío.
Si amor no ha encadenado tu albedrío,
El meditar es un recurso triste;
Y el que á decir que ama se resiste
Es porque en vez de amor siente un vacío.
Nunca el compás del geólogo en la aljaba
Se encontró de Cupido el rapazuelo,
Ni Minerva las flechas preparaba
Que el juguetón amor trajo del cielo;
Que donde el mucho meditar acaba
Allí el amor se muestra sin recelo.





EL MUNDO Y EL ESPACIO.

La noche envuelve con pavor que aterra
Al pobre mundo, que de horror se asombra,
Y en piélago de luz vaga la tierra
Envuelta solo con su propia sombra.
Así yo: los pesares y la suerte
Envuelven mi razón en negro abismo;
Para el éter y el sér, no hay sombra ó muerte,
Mi dolor es la sombra de mí mismo.



LA CARIDAD.

HUMILLAR con la dádiva al que pide,
Dar con alarde ó con desdén al pobre,
Tan solo es vanidad.
Dar por que sepan que se dá y contarlo,
Publicar la miseria y los favores
Es soberbia no más.
Pero dar con sigilo y ocultarse,
Sorprender al que sufre y conmoverse
Su pena al consolar,
Hacer el bien como deber, sin cálculo,
Sintiendo amor por el que sufre y llora,
Esa es la caridad.





LAZOS DE AMOR.

Yo creo que se ama en la otra vida
Lo que amamos aquí.
Comprendo que allá hay almas que me [esperan
Mientras puedo morir.
Atravieso sufriendo y esperando
Esta vida infeliz
Porque los lazos que rompió la muerte
Se volverán á unir.
¡Ah, si el morirme fuera, oh madre mía!
No verte allá jamás... ¡que horrible trance
Fuera entonces morir!





LA GOTA DE MIEL.

Gota de miel depositó el destino
En el sagrario de tu amor divino.
Yo muero por beberla.
Sediento el labio trémulo la ansía.
Toma el alma, el amor, la vida mía,
Todo, por esa perla.

Céfiro esperas que con beso puro
De la flor de tu alma el inseguro
Broche desate leve.
Ya ese céfiro viene en lontananza,
Lo siento en mi deseo, en mi esperanza,
Dentro de mí se mueve.





EL CIELO.

A......

¡QUÉ magia tienes en tu mirada,
Qué luz del cielo te iluminó!
Qué angel su aureola te dió encantada
Qué astro su eterno, vivo fulgor!

Cuando me miras, niña hechicera,
Cuando tus ojos fijas en mí,
Siento la lumbre que reverbera
En tus pupilas, dentro de mí.

Siento el influjo celeste y blando,
De un bien que nunca mi alma probó,

Siento que un angel me trae volando
De un mundo ignoto cáliz de amor.

Siento esa vaga, pura y divina,
Fruición del alma que piensa en Dios;
Siento un impulso que me encamina
Á tributarte mi adoración.

Cuando estás lejos, no sé qué calma,
Qué triste sombra cae sobre mí.
Cuando me miras, niña del alma,
El cielo se abre detrás de tí.



LAS LÁGRIMAS.

De noche caen las lágrimas
De las humanas penas,
Y por doquiera á miles
Humedecen la tierra.
Pero viene la aurora
Apacible y risueña;
En las praderas corre
Brisa callada y fresca,
Y de la tierra húmeda
Se levanta la niebla;
Corona el arroyuelo,
El lago, la eminencia,
Y cual flotante gasa
Sube al éter ligera.

En ella van las lágrimas
Que mojaron la tierra,
Y suben hasta el cielo
Donde Dios las espera.





LOS COCUYOS.

(Á JOSEFINA PÉREZ.)

CUANDO la noche prende del alto cielo
Su negra colgadura de terciopelo,
Cuando las sombras reinan y de las flores
Los pétalos encubren de mil colores,
Natura triste
Sus ropas de crespones también se viste.

En sombras convertidas vegas y faldas
Inmolan en la noche sus esmeraldas;
Todo reposa inerme; bajo los tilos
No teje el arroyuelo plateados hilos;
Sin esperanza
La vista busca ansiosa la lontananza.

No muestra el ave amante su rica gala,
Y esconde la cabeza bajo del ala;
En el recodo añoso no ver procura
La tímida cantora tanta pavura.
¡Qué desconsuelo
Es ver la tierra oscura y oscuro el cielo!

Pero en tan triste cuadro, sin luz ni arrullos,
Los héroes del encanto son los cocuyos;
Cuando las luces mueren, su luz alumbra,
Y bordan, vigilantes en la penumbra
Cual centinelas,
El manto de la noche de lentejuelas.

Encanto inesperado, sorpresa grata
De la espantosa sombra que se desata;
De dicha mensajeros ¡oh Dios, cual tuyos!
En la cerrada noche son los cocuyos;
El cielo os hizo
El idilio nocturno del paraiso.

Bajo del negro toldo blancas centellas!
¿Son flores de los prados ó son estrellas?
¡Oh dulces voladores, al irse el día,
De sus gallardas flores creerse podría
Que, al ocultarlas,
Se baja el firmamento para besarlas.

Linternitas aladas que en sus amores
Son ellas de sí mismas luces y flores;
Yo sé que en sus designios propicio el cielo
Les dió misión de encantos en nuestro suelo,
Misión divina
Fué iluminar la cuna de Josefina.





EL PRIMER BESO.

De Dios el sumo poder
Y de su alto amor en nombre,
Formó en el Edén al hombre
Y enseguida á la mujer.
  Al ver él tanta hermosura,
Y al ver ella tanto ardor,
Sorprendieron al amor
Bajando desde la altura.
  Y los tres en el exceso
De placer tan sin segundo,
Hicieron temblar al mundo
Al eco del primer beso.





LUZ Y SOMBRA.

Tiene un poder tan grande tu mirada,
Que al través de la mía
Va á despertar á mi alma aletargada
En su melancolía.

Luz de cielo á mis ojos centellea,
Fulgores de esperanzas,
Y en campo de risueñas lontananzas
Vuela mi ardiente idea.

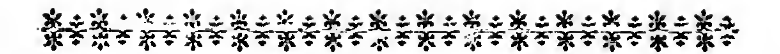
Fácil la dicha á mi sedienta boca
Cáliz de vida ofrece;
Mi alma te sigue hasta tu edén y loca
En el placer se mece.

Pero ¡cuánto es fugaz esa luz pura
Que un punto me extasía!

Rauda pasa á mis ojos la ventura,
Como ventura mía.

Porque viene una sombra cual la muerte
Que entòlda el panorama,
Y al través de la duda vuelvo á verte
Como extinguida llama.





NO LLORES.

No es más pura la gota de rocío
Sobre el pétalo casto de la flor,
Que esa espontánea lágrima que triste
De tus ojos brotó.
Mas si no quieres que esa pura lágrima
Se convierta en horrible torcedor,
Y que taladre mi alma como un dardo,
Enjúgala por Dios!
En tus ojos la puso un pensamiento,
Que de tu mente súbito brotó.
Que la disipe el soplo de mi pena,
Que la evapore el fuego de mi amor,
¡Ay! si no quieres que el dolor me mate
Enjúgala por Dios!





REFLEJOS.

Mis versos un suspiro
Te arrancaron del pecho
No sabes si de dicha
Ó de dolor; pero á tu triste y yerto
Corazón otra vida
Nueva y feliz abrieron,
¿Cómo callar pudieras
Al resonar de mis amantes versos,
Si ellos son los efluvios
De la pasión que siento,
Si son ¡oh vida mía!
Del alma los purísimos reflejos.





EL RUMOR DE LAS OLAS.

Las olas espumosas
Que en infinitos círculos rodando
Besan la quilla de mi barco y mugen
Sin detenerse al paso,
Me parece que traen en sus rumores
Ecos de dicha blandos,
Ligeros vuelos de suspiros tristes,
Y el ruído de los besos que pasaron.

Ya brille el sol ó bien fenezca el día
Ó el matutino lampo
Tiña de nacar las cerúleas aguas,
Interminable ese rumor extraño
Vive en la mente mía
Imágenes perdidas evocando.

Es que me anuncia ese vaivén eterno
Que es solo en el cambiar constante el hado,
Por eso cuando pasan estas olas
Del turbulento oceano
Sin pasar el monótono gemido
Que se renueva, sin cesar, sonando,
He sorprendido en sus volubles ecos,
De dichas que pasaron,
Yo no sé cuantas fútiles promesas,
Votos de amor, suspiros, voces, cantos,
Y hasta las risas de desdén que envían
Al viento los ingratos.



TU SUEÑO.

Me dijiste que anoche enamorada
En sueños me veías....
Y la purpúrea tinta de la rosa
Coloró tus mejillas.

El amor me condujo donde estabas
Por que verte quería;
Y el angel de tu sueño me detuvo
Con celestial sonrisa.

No pude penetrar en tu recinto,
Y solo el alma mía,
En alas de mi amor, fué á despertarte;
Por eso me veías.





SOLO Á TÍ.

DESCUBRÍ que en el fondo de mi alma
Hay una flor purísima y gentil,
Que á las pasadas tempestades pudo
Lozana resistir.

Es una flor naciente que rebosa
Vida y perfume, como flor de abril;
Á nadie le he contado que ella existe,
Solo á tí.

No sé quien la plantó, ni por qué pudo
Entre despojos tétricos salir;
No tengo á quien deberle su existencia,
Solo á tí.

Amo esa flor porque su blando aroma
Tiene algo celestial que no hay en mí.
Tú la hiciste brotar, tú la cultivas,
Solo á tí, por que es tuya, te la entrego,
Solo á tí.





LA ESTRELLA.

¿Sabes por qué la estrella misteriosa
Que miraste al través de tu balcón,
En mudo idioma á tu sensible pecho,
De mi pasión te habló?
Es por que el vuelo ardiente de mi espíritu
Llega de noche á la eternal región,
Y busca allá un intérprete divino
Que te hable de mi amor.
¿Sabes por qué me sientes desde lejos,
Y hasta en el ténue, pálido fulgor
De esa lejana cintilante estrella
Te encuentras con mi amor?
Es por que hay algo eterno en mí que te ama,
Y hay algo inmenso en tí, como mi amor,
Que aniquilando el tiempo y la distancia
Una alma sola forma de las dos.





LEJOS.

¿En donde estás? Como ave en el espacio
Errante y solitaria en tarde negra
Te pierdes para mí,
Y aún te siento en mi sér, y aún algo tuyo
Hay en cada latido de mi pecho
Cansado de sufrir.
¿Es que toma otro rumbo incierto y vago
Tu alma en la ausencia, y á horizontes nuevos
Que nunca conocí
Vas á buscar mi luz que aquí te sigue,
Y el amor que, cual nadie, dentro el alma
Conservo para tí?



EL SUEÑO Y TÚ.

Vino el angel del sueño
Y en mi tranquilo lecho reposó;
Con sus dedos de pétalos de rosa
Mis párpados cerró.
Vedándome que viera las estrellas
En el espacio azul,
Y era porque no viera que venías
Á visitarme tú.
Mas cantaron al fin las golondrinas
Y apareció la luz;
Dejó mi lecho el angel vaporoso,
Mas despierto lo mismo que en mi sueño
En mi alma estabas tú.



LOS DESGRACIADOS.

Si en las tranquilas horas de la tarde,
Del viento en el monótono sonar,
Oís entre las hojas de los árboles,
Gemir ó suspirar,
Y os parece ilusión de los sentidos
Y que es rumor de hojas nada más;
Pensad en los que lloran en el mundo
Con angustioso afán,
Y sabreis como el viento ha arrebatado
Al tédio, á la miseria, á la orfandad,
Esas notas tristísimas que suenan
Allá en la soledad.

—

Si os asomais al cristalino arroyo
En una hora de calma y de soláz,

Y el rítmico murmullo de sus aguas,
Que corren sin cesar,
Os deja percibir raras cadencias,
Ó una nota argentina y musical
Que, perdiéndose á veces y creciendo,
Parece sollozar;
No penseis que el impulso entre las guijas
Pudo tales sonidos arrancar:
Es que el agua se lleva entre sus ondas
las lágrimas al mar.

—

Si en el silencio de una noche lóbrega
En que ruge furioso el huracán
Y en que os hallais á solas meditando
En dulce bienestar,
El viento al penetrar por las rendijas
Gime medroso y lúgubre y se vá,
No penseis que es el genio de las sombras,
Ni la turba faláz
De trasgos, de vampiros y fantasmas
Que os burlan con sus cábalas; pensad
Que esos gemidos que conduce el viento
Son una realidad:

Han salido de un pecho acongojado,
El viento los halló en la inmensidad,
Y los lleva después de puerta en puerta
En busca de piedad.

—

Y si después del baile, en la mullida
Y vaporosa almohada os reclinais,
Y aún vibra en vuestro oído la cadencia
Del fugitivo wals,
Y, las manos de rosa de los sueños,
Logrando vuestro párpado cerrar,
De súbito temblais sobrecogidos
Volviendo á despertar;
No pregunteis la causa á los salones
Que os vieron un momento delirar,
No le pidais la clave á las delicias
Que acaban de pasar:
Es que vuestra alma, de gozar cansada,
Recobró en vuestro sueño libertad,
Y sintió, al contemplar á los que sufren,
La herida del pesar.

—

Orad entonces, y si blando y tierno
Teneis y noble el corazón, orad,
Orad por el que sufre, por el pobre
Y por el criminal;
Por el que, torpe, en la maldad se sacia,
Por el que ciego en el error está,
Por el que, enfermo, á su dolor sin tregua
Ya no resistirá.
Y cuando al coro de perdón adune
Vuestro pecho su efluvio de piedad,
Vuestros ojos el angel de los sueños
Contento cerrará.
Y si al oír mis versos por ventura,
Os conmueve un afecto fraternal,
Y pensais un momento en los que lloran
En dura adversidad;
Sabed que no soy yo; los desgraciados
Son los que os hablan en su inquieto afán:
¡Pobres víctimas tristes de la suerte!
¡Rogad por ellas con amor, rogad!



SIN VERTE.

HUNDIDO en el ocaso
El sol tras de los montes;
No ver sinó tinieblas
Y negros horizontes;
No oír del ave amante
Los tímidos murmullos,
Ni notas, ni armonías,
Ni plácidos arrullos,
Sinó ansias, tedio, enojos,
En malestar atroz,
Eso es no ver tus ojos,
Eso es no oír tu voz.





VIAJANDO.

SENTADO en un sillón en la ancha popa
De alígero vapor
Me arrulla el incesante clamoreo
De las olas del mar que va rasgando
La quilla con vigor.

Acaricia mis sienes con sus alas
Húmeda brisa que en las járcias vibra
Con musical rumor,
Y meciéndome el mar, como en la cuna
El cuidadoso júbilo y los mimos
Del maternal amor,
Me entrego al blando, al delicioso ensueño
Que en éxtasis me lleva á lo pasado
En vuelo seductor.

Evoco las imágenes queridas
Que cual nimbus en forma de celaje,
De vívido color,
Aparecen allá en los horizontes
De ese perdido ayer, que, tantas veces,
Me extremeció de amor.

Vuelvo á verlas al fin, las acaricio,
Y ellas vuelven á abrir, como las flores
Á influjo del calor,
Sus delicados cálices de néctar
Y á ofrecerme la dicha en los efluvios
Del no extinguido olor.

Vuelan las horas...—¡Ay si así volaran
Al despertar... ni crímenes ni sangre
Ni dolo ni rencor
Vieran mis ojos—Arrulladme al menos
Olas del mar con vuestro eterno y vago
Monótono rumor.
Puesto que, inmensas, raudas, infinitas,
Nunca podeis lavar de los mortales
Tantas manchas de sangre y de baldón.





LA TIERRA Y EL CIELO.

Me siento alguna vez como la nube
De un celaje sombrío:
Calma en redor, bajo mis piés la tierra
Con algo que me aterra,
En su desierto páramo vacío.
Sobre mi frente el cielo que me llama
Con algo que me ama
En su infinito azul resplandeciente....
Y á mi pesar, como la nube misma,
Baja á la tierra lánguida mi mente
Y abandona ese cielo que la abisma.





LA ESTRELLA CONFIDENTE.

Te acuerdas de la estrella cintilante
Que te mostraba un día?
Brillaba cual ninguna en el oriente
Errante faro en la extensión vacía.

Mirándola los dos, te dije amante
—Lo recuerdas ahora?—
Si alguna vez la suerte nos separa
Y tu alma triste mis ausencias llora,

Corre á buscar esa radiante estrella
Y cuéntale, alma mía,
El ansia de tu pecho enamorado,
La amarga pena de tu suerte impía.

Que yo doquiera que mi sér aliente,
Felíz ó desgraciado,

He de buscarla en el espacio inmenso
Por contarle mi amor y mi cuidado.

Cumplióse al fin la previsión sombría
Y el triunfador destino
Trazó con mano ruda extraña senda
Y tuve que seguir ese camino.

Hoy en mi triste soledad acudo,
Cual te lo dije un día,
Á mirar nuestra estrella confidente
Único alivio de la pena mía.





SOL DE AMOR.

No sé por qué vacila tu albedrío
Entre una sombra negra y mis amores;
Hay un crespón que vela los albores
De tu pasión al entusiasmo mío.

No marchite tu loco desvarío
Con torva duda, de ilusión las flores,
Ni me ofrezcas un cáliz de dolores
Cuando en amarte mi ventura fío.

¿Por qué mostrarse tu pasión recela,
Si tu mirar en sus divinas llamas
Todo un mundo de amores me revela?

Pues si eres sol de amor, y tanto me amas,
Rompe el celaje que tu luz me vela
Y abrásame en el fuego en que te inflamas.





UN SÍ Y UN NÓ.

Como rosada luz
De matutino albor
Que la extensión azul
De súbito alumbró;
Como el primer olor
Del cándido jazmín,
Así en mi corazón
Siento el influjo de tu dulce *sí*.

Como tras largo afán,
Perdido en la extensión
De proceloso mar,
Sin rumbo ni timón,
El náutico al fin cree

La tierra descubrir,
Así espera mi fé
En mar de dudas tu anhelado *sí*.

Como ese instante en fin
En que prevee el mortal,
En tránsito felíz,
La dicha celestial;
Como esa beatitud
Con que del mundo ruín
Se aleja y busca luz,
Así, ciego en mi amor, busco tu *sí*.

Como el primer crespón
Del cielo de zafír
Que en tarde de terror
Se empieza á percibir;
Como el desfallecer
De la marchita flor,
Así llego á preveer
La amarga pena de tu fiero *no*.

Como en la mar sin fín
Raquítico bajel
Que teme sucumbir
Si tierra al fin no vé;
Como ese adios fatal
Que en medio del turbión
Dió el náufrago en el mar,
Así contemplo que ha de ser tu *no*.

Como esa hora de paz
Solemne del morir;
Como el que cree mirar
Condenación sin fin;
Como el trance cruel
Del alma ya sin Dios,
Así temo, mujer,
El negro abismo de tu horrible *no*.

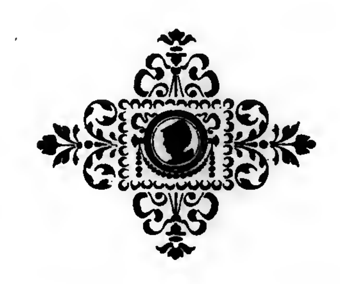




LA CLAVELLINA MUERTA.

SURQUE esa clavellina el mar; y muerta
Aún fiel testigo sea
De constancia y de amor. Ayer abierta
Entre otras mil se alzaba,
Y emblema de mi fé simbolizaba
De mejor porvenir la dulce idea.
¡Oh cuanto es inestable
La humana suerte, y triste y transitoria,
Cuanta mudanza en la pequeña historia
De una vida tan corta y miserable!
Yo que, gozoso soñador, un mundo
Miro brotar de la primera hora
De nuestro inmenso amor, y que la aurora
De eterna luz creía
El primer resplandor de aquel fecundo

Sol que alumbrara la ventura mía;
Hoy en emblema de tristeza y duelo
Miro trocar la flor de mis amores;
En decepción mi anhelo,
Mi gozo en humo y en dolor mi cielo;
Y en esta orilla de la mar, desierta,
Aún mi pobre esperanza
Contempla en lontananza,
Cruzando el mar, la clavellina muerta.



EL ARBOL.

Me siento como el arbol: de la tierra
Brotó mi sér y por la tierra aliento;
Pido á la tierra goce y alimento,
Ella el pasado y el presente encierra.

Pero al rayo de luz que de la altura
Me da vida y ventura,
Y por el que otra vida he concebido,
Vida y ventura sin cesar le pido.





TUS OJOS NEGROS.

(Á LA SEÑORA DE MANTILLA.)

MÁS negros que la noche de mis penas;
Más bellos que el amor y la poesía;
Más ardientes que el sol que fecundiza
Tu hermosa Andalucía.
Fueran mortales, cual saeta aguda,
Si Dios, con sabio celo,
No los hubiera puesto en tu semblante
Para mirar al cielo.





EN EL REVERSO DE UN RETRATO.

Tú que vas á su lado
Podrás decirle mi mortal desvelo,
Podrás decirle que en mi triste vida
    Él es mi solo anhelo;
    Que en mi pecho grabado
Llevo su rostro pálido y querido,
Que lo idolatro como á un bien hallado
Y que lo lloro como un bien perdido.

RESPUESTA.

=

Vino pues á mi lado,
Me habló de tu desvelo

Y de tu triste vida,
Y reanimó mi anhelo
Volviendo á hablar á mi ilusión perdida.
Si en tu pecho grabado
Me llevas sin cesar y soy querido,
No te olvides jamás del bien hallado,
Pues amándote aún como te he amado
No me debes llorar cual bien perdido.





SOLLOZO.

Debía haber una alma
Donde cupiera el mundo de mi amor.

* * *

Debía haber nacido
Un sér, cual yo lo sueño, casto, puro,
Incapáz de perfidia y de traición.

* * *

Debí no haber tirado
En pedazos, á ciegas, sin saberlo,
Las joyas de mi ardiente corazón.

* * *

Debe existir mi madre allá en los cielos
Y debe haber un Dios.





ESPERANZA.

Cuando esté yo á tu lado, prenda mía,
Has de sentir mi amor como esos rayos
Del sol que abre las flores
En medio de sus lánguidos desmayos
En caluroso día.

Has de sentir mi aliento
Como ese soplo matinal que inclina
Á la casta azucena,
Cuya esencia divina
En efluvios de amor regala al viento.

Y cuando tú me mires,
Y la luz de tus ojos me enagene,
Cual enagena al héroe la victoria,
Ha de sentirse lo que siente el angel
Con un rayo de gloria.

El cielo ve el encanto
Con que abriga mi amor tan dulce anhelo;
Igual es tu desvelo;
Y nos queremos tanto
Que en nuestro amor hay algo de ese cielo.





TE SIENTO.

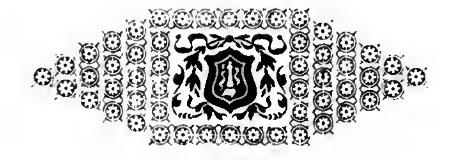
Yo siento cuando piensas
En mí, como las flores
Sienten la sombra rápida que pasa
Del ave peregrina,
Mientras el sol desde el zenit fulgente
Sus esmaltadas plumas ilumina.

Conozco cuando lloras
En que el azul del cielo se oscurece,
Y hay algo en ciertas horas
Que sin tener motivo me entristece.

Conozco cuando cantas
En que la voz del ave melodiosa,
Mucho más harmoniosa,
Tiene notas tan dulces, prenda mía,

Que sólo tu garganta,
Cantando para mí, darlas podría.

Siento cuando te duermes,
Por que tu alma y la mía,
Enmedio del silencio de la noche
Se encuentran, y se pierden,
Juntas gozando, en la extensión vacía.





LA FLOR Y EL SOL.

Crece gallarda flor en la pradera;
Y púdica, velando el albo seno,
Desdeña del amor dulce veneno,
Casta y hermosa en su virtud austera.

Se encumbra el rojo sol y reverbera
Su lumbre pura en el zenit sereno;
Y un rayo nada más de vida lleno
Abre la flor que á amar se resistiera.

Así tu corazón, cerrado un día,
Esquivaba la luz de mis amores
Y el tierno afán que mi alma enloquecía;
Pero mi amor, con vivos resplandores,
Abrió tu pecho á la ventura mía,
Como abre el sol el cáliz de las flores.



LOS OJOS AZULES.

TIENE el azul divino de tu ojos
El diáfano color
De las flotantes gasas de los aires
Bajo la luz del sol.

Tienen la transparencia del zafiro
Que deja percibir de tu alma ardiente
El fuego del amor.

Tienen ese matíz del mar en calma
Cuando lo baña el argentado lampo
Del matutino albor.
Son aire, luz y mar; amor y cielo
Más hermosos que el mar y que el amor,
Más hermosos que el cielo.... el cielo es uno
Y tus ojos son dos.





EL MAR Y EL CIELO.

HAY veces en que el mar tiñe sus olas
Con tintas imposibles de copiar;
Parece que la luz enamorada
Seduce y acaricia,
Medrosa, su imponente majestad.

No bien anuncia oriente la alborada
Y brota el primer lampo matinal,
Riela en las aguas cual tupida malla
La limpia luz del cielo
En lineas de cobalto y de cristal.

Plumajes ígneos y flotantes gasas
Cortejan de los cielos el fanal,
Y las ceruleas ondas se apresuran
Con franjas de topacios,

Y en mar azul flotando van las plumas,
Restos del crimen de la oscuridad,
Hasta que al fin se pierden poco á poco
Y la quietud convierte
El abismo en expléndido cristal.

Líquidas lomas desaloja el barco
Que á ambos costados huyen sin cesar,
Mas vienen otras y se chocan, chascan,
Y erguen al viento blancos
Penachos de plumón y de cristal.

Pero es la tarde en explendor fecunda
Y en fantásticos cuadros en el mar;
Parece que la luz al despedirse
En lujo de colores
Difunde su postrera claridad.

Ondas azules con vislumbres rojos,
Lineas de malaquita y de coral
Con motas de vellones transparentes
Tienden alfombras límpias
Al despedirse el rojo luminar.

Despliégase en ocaso de amatistas
Topacio y lapizlázulis un chal,
Que borda de oro el sol desde los cielos
Cuando las nubes pinta
De múrice y granate singular.

Viene la noche, y sus crespones negros
Tremola el aire y se oscurece el mar.
Bóveda y ondas piérdense en los pliegues
Del cortinaje inmenso
En la más espantosa soledad.

Apena el ojo en vaguedad penosa
Distingue algún contorno en su anhelar;
Parece que camina el pobre barco
Á su destino póstumo
Ya en el abismo de la eternidad.

Pero si alguna brisa bienhechora
Arranca algún girón á aquel cendal
Y amontonando nubes sobre nubes,
Deja ver un instante
Del cielo la infinita claridad;

Cuán grande Dios en su poder se ostenta!
Piélago azul donde átomo es el mar,
Poblado de sistemas infinitos
De mundos y fanales
Que adoran su sublime majestad!

El mar entonces envidioso copia
En olas de pizarra algún fanal;
Rompe el dibujo el raudo movimiento,
Y así de cada estrella
Mil chispas de su luz bajan al mar.

Y cuando Vénus, la divina estrella,
Va en el piélago lóbrego á rielar
Parece que sonriendo desde el cielo,
Y con hilos de plata,
Borda su cifra en el dormido mar.

Y si la luna brilla en los espacios,
Crenchas de plata y cúmulus de azahar,
Crespones blancos y movibles masas,
Flotando lentamente,
Atraviesan la vasta soledad.

Y saltan perlas y se cruzan ráfagas
Y es malla de relámpagos el mar,
Cual si la luna fuera á unir en haces
Con cordones de plata
Hilos de espejo y lineas de cristal.

Y por que nada falte al espectáculo
En esa lucha de la luz y el mar,
Cuando se torna en pavoroso abismo,
El fósforo convierte
La espuma en crenchas de plateada faz.
Millones de miriadas de animálculos
Sienten del barco el ímpetu tenaz,
Y, despertando, en torno luz expanden,
É ignívomas espumas
La huella dejan por do el barco va.

¡Oh noche augusta de misterio y calma
En que á la luz del cielo leo en el mar
Un himno á Dios escrito con los rayos
Del mundo sideral!





LA CARIDAD.

À MI QUERIDO AMIGO EL DR. D. JOSÉ MARÍA BANDERA.

=

BLANCA la tez, y dulce la mirada
Cual de casta paloma;
Grave y noble el andar en la escarpada
Ruta que amante toma;
Pobre su vestidura,
Descalzo el pié sobre la peña dura.

—

Cerrado el labio; y la serena frente
Limpia como ese cielo
Que en invierno inclemente
No mancha torvo y nebuloso velo.

—

Horrible noche, de pavor cercada,
La mira pasar sola
En sus húmedas ropas recatada,
Ir en pos de criatura atribulada
Por quien feliz se inmola.

—

Siempre la encuentra errando el peregrino,
Y su alma acongojada
Contempla en el fulgor de una mirada
algo santo y divino.

—

En la terrible adversidad, afable,
De frío casi yerta,
Va llevando el consuelo al miserable,
Llamando á cada puerta.

—

Es hija del amor del Increado,
El mismo Dios la envía
Al páramo anegado
En lágrimas de luto y agonía.

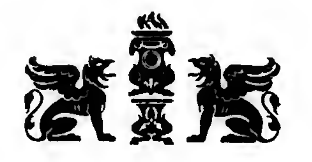
—

Ella por ley de su misión y nombre
Ayudará en el mundo,

Con santa abnegación y amor profundo
Y fé, hasta el postrer hombre.

—

Mas cuando suene la fatal trompeta
Y al apagar el sol su último rayo,
Por la primera vez vagando inquieta
Desplegará sus alas,
Y en lánguido desmayo
Allá en las ondas de espirante brisa,
Alta la frente y dulce la sonrisa
Irá á posarse en las etéreas salas.





EL CANTO DE LA TÓRTOLA.

Yo no sé si esas notas aflautadas
Que la tórtola lanza desde el nido,
Son la expresión de un íntimo lamento
Ó son no más un canto favorito;
Pero encuentro en el fondo de ese canto,
Tan tierno y tan sentido,
Un pensamiento triste, sí, tan triste,
Como si fuera mío.

EN UN ABANICO.

A ....

Cuando agites el aire con su seda
En las ardientes noches del estío,
Como el frescor á tus mejillas, pueda
Llegar á tu alma el pensamiento mío.





EL VIENTO DE LA NOCHE.

OYES? Ya baja á nuestro espacio umbrío
De las etéreas salas
El viento de la noche rudo y frío
Rasgando nubes con sus negras alas.

Oyes? Como rumor de tristes voces....
Ecos de llanto, vuelos de suspiros....
Como tropel de ayes..... como voces
De incomprensibles y volubles jiros.....

Es que el viento recoje con empeño
Escorias de dolor, restos de llanto,
En la hora del sueño,
En que por bien de Dios se olvida tanto.

Es que el viento, divino mensajero
De la morada pía,
Barre el valle de lágrimas entero;
Pues si la aurora del risueño día
Viera tanta miseria..... no saldría.





LA AMISTAD.

BAJÉ á la tierra un día
Para unir á las almas,
Doliéndome en la mía
El odio, dueño de la humana grey.

Toqué de puerta en puerta,
Pero nadie me abría;
De frío estaba yerta,
Y sola, y no me pude guarecer.

Oí gritar mi nombre
Y me acerqué al momento;
Juraba por mí un hombre,
Pero ese hombre jamas me conoció.

Invocóme un anciano
Con ademán sincero,
Me tendía la mano
Y le temblaba al pobre el corazón.

Y presurosa acudo
Solícita á su ruego,
Y cuanto más le ayudo
Encuentro al interés en mi lugar.

Dos jóvenes me llaman
Al cumplir quince abriles,
Pero tanto se aman
Que el niño amor me echó sin caridad.

No puedo hallar morada
Y me muero de pena,
Del mundo abandonada
He buscado un albergue por piedad.

De los regios salones
Me lanza la etiqueta,
En duros corazones
No ha podido mi esencia penetrar.

Me hiela la riqueza,
Me destroza el orgullo,
Y callo con presteza
Cuando me insulta el sórdido interés.

Los celos me envenenan,
Me mata la soberbia,
Y de heridas me llenan
El dolo, la perfidia y la doblez.

Yo sigo mustia y triste
Llamando en todas partes
Porque mi fé resiste
Á todo por cumplir con mi misión.

¡Ay del humano bando
¡Ay de la grey precita
Si en día nefando
Vuelve á llamarme á su morada Dios.



CREPÚSCULO EN EL MAR.

Es la hora del crepúsculo sombrío;
Estamos en el mar;
No sé qué tiene esta hora vespertina
Que donde quiera á mi cansado espíritu
Invita á meditar.

Guarda no sé qué singular misterio
De un lúgubre pesar,
No sé qué amarga lentitud sombría,
Qué triste acabamiento melancólico
De caída magestad.

No sé qué tienen esa luz y el aire,
No sé qué tiene el mar;
Pero aire, mar y luz traen á mi alma,

Enagenada y triste, los efluvios
De muda eternidad.

El horizonte en círculo me ciñe
Como el redondo mar.
Y solo..... enmedio..... sobre fragil barco
Siento oprimida el alma ante esa espléndida,
Tranquila soledad.

Ya el moribundo sol tiñó de sangre
El cúmulus falaz,
Que imita al cancerbero del infierno
Sobre la lava de erupción volcánica
Que brota de la mar.

Todas las otras nubes palidecen,
É inmóviles están
Viendo acabar en su anfiteatro aéreo
El drama del ocaso, en donde muere
El rojo luminar.

Cambian de aspecto y actitud los mons-
[truos
Tiñen de gualda el mar;
Dragones negros y franjados de oro

Sostienen fieros en floresta ignívoma
Combate singular.

Otras nubes de lila y amaranto
El dorado cendal
Desciñen y franjándose de nacar,
Flotan en cirrus como plumas frágiles
Que á deshacerse van.

Riela el matíz en las cerúleas ondas
En lineas de cristal,
Y téjese una malla de amatistas,
Con nudos de topacio y lapizlázuli
Y flecos de coral.

Las nubes más lejanas del oriente
Enlutándose van
Á formar el cortejo de la noche
Después de presidir el espectáculo
En que es sepulcro el mar.

Poco á poco las tintas vigorosas
Deslíen su intensidad.
El fuego es oro, es rojo, es rosa.... es lila....

Nubes de perla y plomo al fin son lúgubres,
Negras como la mar.

Queda solo un vislumbre en occidente;
Dudosa claridad,
Perdido resplandor de oculto fuego
Que presta al mar y á la cerrada bóveda
Severa majestad....

Es la hora en que mi espíritu se acerca
Al misterioso umbral
De lo ignorado; en que abatido y triste
Oro y medito, y en que siento el límpido
Reflejo de la vida inmaterial.



LA NIEVE.

¡QUÉ triste es ver la nieve
Cubriendo montes, llanos,
Florestas y jardines,
Cornisas y tejados
Con una blanca sábana
Cual fúnebre sudario!
¡Qué triste es ver los árboles
Inmóviles, escuálidos,
Dobladas las aristas
Con témpanos helados,
Sin hojas que murmuren,
Sin balanceos lánguidos,
Sin aves en sus ramas,
Sin ramas en sus brazos,
Como esqueletos, mudos,

Como fantasmas pardos,
Como recuerdos tristes
De días que pasaron,
Como despojos yertos
Del mundo ya olvidados!
  Parece que la vida
Huyó con los amagos
Del soplo del invierno
Que barre estos collados;
Que todo sobre el suelo
Por siempre se ha acabado,
Que ya no habrá más flores,
Que no ha de haber más pájaros
Ni leves mariposas
Ni insectos en los campos.
¡Qué triste está la tierra,
Qué triste está aquí abajo;
Tan triste como el cielo
Brumoso y aplomado
Como si ya por siempre
Se hubiesen acabado
Los cielos de zafiro,
Las nubes de topacio,
Las límpidas auroras,

Las tintas del ocaso,
Los cirrus y los limbus
De grana matizados.
Un velo ceniciento,
Impenetrable, helado,
Con el color de vértigo
Cubrió todo el espacio.
Yo solo, en el silencio
Que me rodea en tanto,
Contemplo absorto y ledo
El pavoroso cuadro.
Parece que ha vivido
Cien mil millones de años
Nuestro infelíz planeta,
Y exánime y cansado,
Caduco y moribundo,
Mas sin cesar rodando,
No tiene ya en su atmósfera
Sino en turbión helado,
Un gran laboratorio
De nieve vuelta en granos,
Que cae eternamente
Sin tregua ni descanso
Para borrar las huellas

Del suelo que habitamos.
¡Qué triste es ver la nieve!
¡Qué triste es ver los campos!
¡Qué triste es esa bóveda
De velos funerarios!
¡Qué triste es estar solo;
Parece que ha acabado
Cuanto en el mundo existe,
Y vamos caminando,
En espiral inmensa,
El mundo agonizando,
Y yo el postrer viviente,
Muy triste, contemplándolo!



LA CONCHA.

Á LA SEÑORA

DOÑA CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER

I.

Dos pobres pescadores
Salieron mar afuera,
Con una marejada
Que daba miedo verla.
Luchando con las olas
Y con la brisa fresca,
Entre unos arrecifes
Las redes al fin echan,
Y con dos mil fatigas

Y con la mar tan recia,
Y con aquel brisote
Y con aquellas peñas,
Logran sacar las redes,
Pero Jesús, qué pesca;
Salió solo una concha
Entre algas y entre yerbas,
Á punto que á lo lejos
Se anuncia la tormenta,
Y muy desconsolados
Por tan mezquina pesca,
Doblan la red y vogan
Con rumbo hacia la tierra.

II.

Al lado de la choza
Donde la red se orea,
Los pobres pescadores
Muy tristes se lamentan,
Mirando de hito en hito
La concha de la pesca;
Abriéronla y fué tanta
De entrambos la sorpresa,

Que solo se miraban
Mas sin mover la lengua.
Por fin —es un tesoro,
Exclama con voz recia
El uno,— es una alhaja
El otro dice al verla.
—Esta es nuestra fortuna.
—Es toda una presea.
Albricias, compañeros,
La concha es una perla.

III.

También yo en esta vida
Vogando mar afuera,
He visto marejadas
Que daba miedo verlas;
Como esos pescadores
Luché con la tormenta,
Eché la red al fondo
En busca de una idea,
Y entre algas y entre yerbas
Saqué una pobre pesca;
Pero te ví una tarde

Y tal fué mi sorpresa
Cuando me descubriste
Tu alma de poeta,
Oh Concha, que de entonces,
Hasta que yo me muera,
Repetiré gozoso,
Ya muy tranquilo en tierra
Como los pescadores,
La Concha es una perla.





METEORO.

HUYE también y en el oscuro fondo
Del pasado sepúltate, memoria
De un instante felíz,
Huye á perderte para siempre: puedo
En mi camino aún con firme brazo
Al hado resistir.

Lampo faláz de un sol desconocido,
Meteoro en la noche de mis penas
En que tanto sufrí,
¡Ah, con razón pasaste como el rayo,
Pues era la ventura que anunciabas
Muy grande para mí.





LOS MUERTOS.

DESFILAN los muertos á miles,
Y se abre la tierra y se ocultan.
Los muertos se ván!
¡Qué tristes serían los muertos, sin tierra,
Entonces los vivos no irían
á verlos jamás.
Pero ponen cubiertas lujosas
Y ricas, y entonces los vivos aplauden
Y van á rezar.
Y llegan los muertos á miles
Y se abre la tierra y se ocultan,
Los muertos se van!
Los muertos se pudren,
Los vivos olvidan,
El llanto se seca,
El polvo se va!

Mas puede que solo la carne se pudra
Y el alma camine en progreso eternal....
Yo he visto otros muertos, peores,
Horribles, que andan, que viven.
¡Abortos del mal!
La carne está sana y el alma podrida.
No son de los muertos que llegan á miles
Y se abre la tierra y se ocultan;
Estos no se ván!
La muerte es un trance; los muertos
Despiertan; pero éstos del alma podrida
No son nuestros muertos,
Los muertos del mundo;
Son muertos de allá.



FUÉ TODO MENTIRA.

¡De qué modo tan triste y tan feo
Acaba la vida!....
¡Como van aumentando las penas
Y huyendo la dicha!....
¡Como va ennegreciéndose el cielo
Donde antes reían
La dulce esperanza, el deseo,
Y estas infinitas
Visiones de célico brillo
Que el hombre se cría!...
¡Como cambia el aspecto de todo
Lo que antes lucía!
¡Como trueca la vida en angustia
Lo que antes fué dicha!...
¡Como puede tornarse hechicera

Beldad en arpía!...
¡Como puede la misma belleza,
La gracia exquisita,
La joven modelo de encantos,
Risueña, atractiva,
Volverse una esfinje que tose
Y asusta con cara de endriago
Deforme y maldita!...
¡Qué pronto se acaba lo bello,
Lo grande, en la vida!
Parece que un sueño fué todo......
¿Fué todo mentira?.....





ÚLTIMA MIÑONETA.

CREÍ que de la vida
Lo peor, lo más negro, era la muerte;
Pero he probado tantas amarguras
Y penas tan crueles;
De tal modo el dolor y el desengaño
Me han perseguido siempre,
Que he llegado á pensar que de esta vida
Lo mejor es la muerte.



POESÍAS DE CUELLAR.

SEGUNDA PARTE.

MIS PRIMEROS VERSOS.

1848.





MEDITACIÓN

LEIDA POR EL AUTOR EN EL PRIMER ANIVERSARIO
DE LA INSTALACIÓN DEL LICEO HIDALGO.

15 de Septiembre de 1848.

ERA la tarde, y entre nubes rojas
El sol con lento paso descendía;
El aura mansa en la arboleda umbría
Agitaba las hojas.
Sobre el mullido cesped reclinado,
Á la orilla de límpido arroyuelo,
Lejos del vano mundo, sosegado,
Fijaba mis miradas extasiado
En el cóncavo azul del claro cielo.

Blando susurro, plácida armonía
Se escucha por doquier: la noche en tanto

Va descorriendo ceniciento manto
Ante la luz del día.
La niebla se levanta lentamente
Del lago manso á la gigante cumbre,
Y forma un cortinage transparente,
Del que á traves se mira en Occidente
Del astro rey la moribunda lumbre.

¡Oh, qué me place contemplar del día
La última luz sobre el opuesto monte,
Y de grana teñido el horizonte,
Donde la noche umbría
Extenderá su negra colgadura.
¡El sol! ¡el sol! de Dios inmensa tea,
De Dios tan solo portentosa hechura,
Que al descender de su encumbrada altura
En un mar de zafir se enseñorea.

¡El sol! ¡astro magnífico! el destino
Constante que te guía por la esfera,
Es la mano del Solo que pudiera
Pararte en tu camino....
En tu camino.... ¡ay triste! ¿y qué sería
Del pobre mundo sin tu lumbre pura?

¿En una noche eterna viviría?
No: que sin tí segura encontraría
Tan solo su infinita sepultura.

Te vas, ¡oh sol! á iluminar lejana
Otra región, á despertar un mundo,
Á quien cual nuncio, en su dormir profundo
Le envies la mañana;
Así tambien en nuestro Oriente oscuro
Fiel precursora de tu luz dorada,
Detras del alto, derruído muro,
Aurora asomará su disco puro,
Con velos de amaranto coronada.

Por eso en el crepúsculo me inundo
De indecible placer; el sol se hunde
Tras de la parda cima, y se difunde
La sombra por el mundo.
Por eso ¡oh tarde! solitario, errante,
Busco tu grata y apacible calma;
Por eso á meditar vengo anhelante,
Porque dichoso de tu faz delante
De religion, de fé se inunda mi alma.

Es la hora de quietud... los blandos sueños

Leves hendiendo la región vacía,
Para extinguir la animación del día,
Derraman sus beleños.
Es la hora de quietud.... gime la fuente
Y gime la paloma en la enramada
Con dulce murmurar, con voz doliente;
Se ve al pastor con paso indiferente
Guiar por el sendero su manada.

Yo te amo, ¡oh tarde! yo amo tu armonía,
Hora de paz, me gozo en tu hermosura;
Tu fresca brisa al respirar tan pura,
Me trae la melodía
De las canoras aves, tarde amena,
al escuchar en la pradera verde
El canto de la parda filomena,
Mi mente en el delirio se enagena
Y la memoria del dolor se pierde.

Del arroyo que pasa murmurante
Al discurrir la onda cristalina,
La tierna grama de su borde inclina,
Y piérdese al instante....
¿Y á donde vá cruzando presurosa

Entre juncias y alfombras de verdura,
Con pabellón de madreselva y rosa,
Y con música, dulce, melodiosa,
Que entona el ave en la floresta oscura?

¿Y á dónde vá el mortal? ¿Tambien su vida
Está sembrada de pintadas rosas;
Después llega á veredas tortuosas
Y á un mar en su caída...!
¡Á un mar! ¡á un mar cuyo profundo seno
Ha tragado á los siglos lentamente!
De víctimas jamás estuvo lleno,
Y de la muerte el matador veneno
Envía más y más constantemente....

¡Y esta sentencia no escluirá á ninguno,
Que una segur terrible levantada
Irá lanzando á la insaciable nada
Mortales uno á uno...!
¿Jamás se llenará? ¿aunque algún día
Suene en el mundo la funesta trompa
Y el Supremo Hacedor de la armonía,
Para dejar á la creación vacía,
Los duros ejes de la tierra rompa?
....

Altos arcanos son, en vano lucha
La mente del mortal; la duda impera.
Opuso Dios altísima barrera
Ante su ciencia mucha.
Y el hombre, el hombre que insensato siente
La duda germinar, de orgullo henchido
Eleva al cielo la ardorosa frente
Y demanda, infeliz, para su mente
Un destello de luz apetecido.

Clama, y en vano con sus voces llena
El ancho espacio; cércale la duda,
Que su saeta al enterrarle aguda
El pecho le envenena.
Y llora ¡triste! en su falaz desvío,
Porque intentara con su orgullo insano,
En su infelice, loco desvarío,
Con atrevido pensamiento impío
El velo descorrer del hondo arcano....

¡Cuántas veces lloré! y cuántas veces
Sobre la áspera peña contemplando,
Sentí en mi pecho con dolor filtrando
De la duda las heces.

Yo contemplé la mar, el bosque umbrío,
Y al dirigir mi vista al alto cielo,
Surcó veloz el pensamiento mío
Por el éter purísimo, vacío,
Para rasgar el misterioso velo.

Y luces vi de nítido diamante
Esparcidas doquier; blancas estrellas
Que lanzaban de sí cada una de ellas
Destello rutilante.
Magníficos fanales misteriosos,
¿Sois acaso las fúlgidas moradas
De los que, el mundo al olvidar dichosos,
Volaron á escuchar los deliciosos
Conciertos de las músicas sagradas?

¿Quién sois, cuyo brillar nunca sereno,
Así la luz de vuestra faz fulgura,
Desde esa inmensa, incomprensible altura,
¿Qué existe en vuestro seno?
¿Guarda, tal vez, de la divina esencia
Un átomo que Dios destina al hombre,
Ya libre de su mísera existencia

Cuando llegada la fatal sentencia
Del Supremo Hacedor la voz le nombre?

....

¡Siempre dudar! y en la mezquina mente
Siempre la sombra del error oscura.
Tósigos ¡ay! apuro de amargura,
Si indago vanamente
De la creación el misterioso encanto.
Por eso, ¡oh tarde! en tu tranquila calma,
Vendré á escuchar del ruiseñor el canto,
Y á procurar alivio á este quebranto,
Cruel, agudo torcedor del alma.

Yo beberé tus auras bullidoras
Henchidas de suavísima fragancia;
Recordaré de mi feliz infancia
Las encantadas horas:
Y si al fijar mi vista fatigada
En el azul del estrellado cielo,
Volviere yo á sentir duda obstinada,
La blanca fé, de luces rodeada,
Al alma triste le dará el consuelo.





A LESBIA

EN EL DESIERTO.

VEN, Lesbia, ven, sobre mi pecho ardiente
Reclina sin cuidado,
Llena de amor, la entristecida frente;
Que quiero abandonado
Del mundo todo, en placentera calma,
Á tí tan solo consagrar mi alma.

Ven, calmaré tu duelo y tus dolores;
Aquí sobre la alfombra
De tierna grama y de silvestres flores,
Á la tendida sombra
Del verde cedro y de la encina hojosa
Entablaremos plática sabrosa.

No te pese trocar la selva umbría
Por tu dorado asilo;
Que aquí siempre tendrás, paloma mía,
El corazón tranquilo,
Y aquí no más de la fugace vida
Encontrarás la paz apetecida.

Dime, Lesbia, mi bien, ¿por qué suspiras;
No sabes en el mundo
Lo que el brillo y la pompa son? ¡mentiras!
Un cenagal profundo
De vicios es, donde en perpetua farsa
Bulle la loca mundanal comparsa.

Allí al impulso de amoroso fuego,
Avaro de delicias,
El hombre busca, delirante, ciego,
De otro sér las caricias;
Pero bien pronto el corazón vacío
Solo siente, infeliz, árido hastío.

Allí el amante que de amor delira,
Artero, fementido,
Contra el honor de su beldad conspira;

Y el lúgubre gemido,
Que arranca al desdichado la agonía,
Confúndese en el ruído de la orgía.
Allí en pos de mezquino y ruin tesoro,
Avaro de riqueza,
El hombre ciego al esplendor del oro,
Con bárbara fiereza,
Derramando la sangre del hermano,
Sacia insolente su ambición insano.

¿Qué te importan del mundo las delicias,
Los mentidos placeres,
Si aquí de amor te embriagan mis caricias,
Si aquí tú sola eres
Mi bien, mi adoración, Lesbia divina,
Creación de mis ensueños peregrina?

Olvida el vano mundo y sus tesoros,
Olvida, sí, sus flores
Que pasan ¡ay! cual rápidos meteoros,
Y acerbos sinsabores
Dejan en pos de sí por su camino;
Precisa huella que marcó el destino.

Si aquí jamás el hálito iracundo
De férvidas pasiones,
Emponzoñado zéfiro del mundo,
A nuestros corazones
Ha de llegar, bien mio, ¿por qué lloras,
Si aquí han de ser dulcísimas las horas?

Placeres! dulce y halagüeño nombre;
Fantasmas con que sueña
En esta vida deleznable el hombre;
Perspectiva risueña,
Donde al tocar sus encantadas flores,
Se encuentran solo abrojos punzadores.

¿Qué te importan espléndidos festines,
Do su grandeza ostenten
Mil nobles esforzados paladines,
Si en sus sonrisas mienten
Dicha y quietud, y su ánima intranquila
Entre la duda y el temor vacila?

¡Ay! Lesbia, yo no quiero en ese mundo
De crímenes y duelo
Vivir cercado, de pesar profundo;
Aquí á tu lado anhelo

Pasar los días de mi vida hermosa,
Siempre gozando de quietud dichosa.

De alma quietud, porque de noche y día
Sin perder un instante,
Viendo estaré tu gracia y gallardía,
Enamorado amante;
Yo cantaré mil cántigas de amores
Al par de canoros ruiseñores.

Vagaremos, mi bien, por la llanura,
O por el bosque umbrío,
Aspirando en el aura la frescura
Del murmurante río,
Que tersará sus ondas cristalinas,
Porque veas tus formas peregrinas.

Aquí sentados en el soto ameno
Sobre cojin de grama,
Reclinaré mi sien en tu albo seno;
Y si tu pecho me ama,
Yo escucharé del corazón ardiente
Cada palpitación atentamente.

En el silencio de la selva umbrosa,
Entonarás canciones;

Y de tu voz angélica, armoniosa,
Las dulces vibraciones
Harán callar los cánticos suaves
De las pintadas, trinadoras, aves.

Gozaremos aquí la brisa pura
Que vaga perfumada,
Y entre las flores sin cesar murmura
En la tarde callada
En que reina la paz, la blanda calma,
Y amor respira todo para el alma.

Ven, Lesbia, ven, aleja de tu mente
Los locos desvaríos;
Ven, en mi frente posarás tu frente,
Tus labios en los míos,
Y en dulce y voluptuoso arrobamiento,
Confundirás tu aliento con mi aliento.

Solo aquí está la paz, solo aquí el alma
Disfruta venturosa
De esta envidiada y apacible calma,
Ven á gozarla, hermosa;
Ven, en mis brazos hallarás un mundo
De inmenso amor, y de placer profundo.

Ven, Lesbia, y adormida en mi regazo
Tu vida con la mía
Una el destino con estrecho lazo,
Hasta que llegue el día
En que el hálito marque de la muerte
El «*hasta aquí*» de nuestra dulce suerte.





EN EL PANTEON.

> Que las humanas cosas
> Cuanto con más belleza resplandecen
> Más pronto desvanecen.
> ¡Y, tú, la edad no miras de las rosas!
>
> RIOJA.

Enmedio del terror que siente el alma
Brota la inspiración, vibra el acento
De mi triste laúd;
Y, enajenado en la mansión de calma,
Contemplo de olvidado monumento
La cenicienta cruz.

Vengo á turbar el plácido sosiego
De los que yacen en la losa fría
En sueño perennal,
Al idealismo fúnebre me entrego
Y se exhala veloz del alma mía
El íntimo pesar.

Estéril panteón en cuyo suelo
Sembrado de osamentas blanquecinas
Se arrastra el huracán;
¡Oh cuánto acreces mi profundo anhelo
Al contemplar tus lúgubres ruinas
En calma y soledad!

Amo tu paz, porque á la mente inspira;
Amo la sombra que me presta amante
Tu lánguido saúz;
Y aislado y libre el corazón suspira
Al espirar del astro rutilante
La moribunda luz.

Aquí yacen los restos de los hombres
Que ayer llenos de vida y alegría
Bebieron el placer.
¿Qué queda de esos seres? vanos nombres
Que se escribieron en la losa fría;
El himno del no ser.

Dintel de la existencia, mudo asiento
Del orgullo del hombre, tumba helada,
Espantoso lugar:
¿Quién al poner su osado pensamiento

En tí, no siente el alma atribulada
Por angustioso afán?

Eres una verdad que al pecho infunde
Religioso pavor, postrer asilo
Del mísero mortal:
Al contemplarte el hombre se confunde
Y atónito ante tí, mudo, tranquilo,
Se para á meditar.

¡Oh muerte, muerte, inexorable, impía!
Yo ví elevarse tu incansable brazo
Blandiendo la segur,
Y la alba flor que en el vergel veía
Contemplé deshojada en tu regazo....
¡Me la robaste tú!

¡Ay! yo la ví, sobre su labio amante
Vagaba una sonrisa de ventura,
¡Sonrisa divinal!
Y luego entre tus brazos espirante,
En el trance postrero de amargura
Sintiera tu dogal.

Sí, tú la asiste con tus secos brazos,

Y tú grabaste en su apacible frente
Un ósculo glacial;
Del corazón las fibras mil pedazos
Hiciste, y contemplaste indiferente
Tu triunfo funeral....

¡Cruel! ¿No ves al padre delirante?
¿No ves á los que la aman y la lloran?
¡Ah, no los miras, no!
¿Qué te importan la madre y el amante,
Si te deleitan los que abajo moran,
Qué te importa el dolor?

Que ¿no sacian tu bárbaro deseo
Víctimas mil que en la terrible fosa
Se hunden sin cesar?
No; que es tu solo perennal recreo,
El vuelo de la vida deliciosa
De súbito cortar....

Y si ves que una virgen hechicera
Va cruzando en el valle de la vida
En medio del placer,
Traidora, armando tu guadaña fiera,

La hieres, y la entregas, fementida,
Al sueño del no ser....

Si ves que el hombre entusiasmado siente
La sed sublime de la inmensa gloria
Que exalta su razón,
Ante su débil planta derepente
Te arrastras tú, y en deleznable escoria
Lo torna tu ambición.

Al contemplar tus víctimas sangrientas,
Con júbilo fatídico te engríes
En ancho panteón:
Tú sola entre ellas sin cesar alientas,
Y á todas horas de la vida ríes
En medio del dolor....

Solo una voz te halaga aterradora,
Que está gritando *¡destruccion!* y miras
A los hombres caer
En tu ignota región hora por hora,
Y muda, en tanto, sin cesar conspiras
Contra el humano sér.

Es esa voz que escucha vagarosa

El miserable huérfano que pena
Sin tregua á su aflicción,
La voz con que la vida lucha ansiosa,
La voz que está clamando en Santa Elena:
«*¡Aquí está Napoleon!*»

Es esa voz terrífica que aduna
El crimen, la virtud, el gozo, el llanto
En rara confusión,
Y lleva sin cesar una por una
Del mundo al solitario camposanto
Las galas del amor.

El vago resonar de la campana,
Del triste coro las sentidas preces,
Los gritos de dolor.
Eso es ¡oh muerte! la lisonja vana
Con que siempre de gozo te estremeces,
Es esa tu ovación.

¡Ah! yo sé que mis sueños de ventura,
Mis ilusiones de feliz poeta,
Y mi encantado Edén,
Debajo están de tu guadaña dura;

Y mi existencia á tu poder sujeta,
Y mi poder también.

Y el rico porvenir y la esperanza,
El amor, las creencias de mi mente....
¡Todo se acabará!...
Mas no; que el alma espera bienandanza,
Y encuentra un bien magnífico el creyente,
En la inmortalidad!





VISIÓN CELESTE.

¡Qué bella es! dulcísimos sus ojos,
Miradas de paloma...
La tez, como la aurora sonrosada
Que por Oriente asoma...
Como coral los labios, y la frente
Serena como el lago
Que no rizára nunca mansamente
De juguetonas brisas el halago...

Mórbido el seno, terso, alabastrino,
¡Nido de castidad, cuna tranquila
De la virtud; regazo
De adorable pudor! ¡Seno de angel
Sujeto al cielo por secreto lazo!

Desciende ya... Su luenga vestidura
Doblega ya las flores...

Pliega las alas diáfanas y ríe...
Contemplando en el mundo la ventura
Sin conocer del mundo los dolores...
Brilla la luz en sus pupilas negras
Y lánguida mirada
Tiende en redor, y encuéntrame de hinojos,
El ánima abrasada
Con el divino fuego de sus ojos...

Con magia vierte en mí celeste encanto,
Y en éxtasis dichoso,
Iba á tocar las orlas de su manto,
Preso el aliento, el ánimo medroso...
De su labio brotó leve sonrisa;
Miróme con desdén y... desplegando
Con magestad sus alas,
En las ráfagas ténues de la brisa
Tendióse ¡ay triste! remontando el vuelo;
La ví, la ví cual la última esperanza,
Serena atravesando en lontananza
Hasta perderse en el azul del cielo...





Á UN BUHO.

Ya Febo rubicundo
Tras de las pardas rocas de Occidente
Va á sepultar la encandecida frente,
Dejando sin su luz y triste al mundo.

Ya las sombras cual fúnebres crespones
Entre los bosques se levantan lentas:
Las fieras á los cóncavos peñones
Acuden soñolientas.

Suspende su cantar la golondrina,
La oveja sus balidos,
Se dirigen al pié de la colina
Los pastores rendidos.

Cual se pierden al viento
Del festín las postreras vibraciones

Así en murmullo lento
Se extinguen vagos y confusos sones.

Todo en silencio está, duerme natura
Bajo el soberbio pabellón del cielo.
Como el seno de inmensa sepultura
Negro se ve por donde quiera el suelo.

Nadie vela, yo solo, triste el alma,
Frente á esa inmensidad que me circunda
En brazos ¡ay! de pesarosa calma
En mil torrentes de dolor se inunda.

Se lanza el pensamiento
En mil diversos giros,
Y van en el rumor del manso viento
Vagando mis suspiros.

No hay un eco tan solo que lejano
Fiel á mi queja y á mi afán responda;
Tiendo mi mano ¡ay Dios! no hay otra mano
Que en esa horrible lobreguez se esconda.

Bajo el lujoso pabellón de seda
Duerme tranquila la mujer que amara,

Que al contemplar el llanto que arrancara
Indiferente queda.

Allí duerme el amigo
Extraño á mis agudos sinsabores;
Allí duerme el mendigo
Soñando del magnate los favores.

Y todos al influjo del beleño
Que yo desprecio en mi vigilia dura,
Buscan si no el placer, calma y holgura
En los brazos del sueño.

Mas ya resuena entre la selva umbría
Un eco de dolor hondo y profundo,
Tiene la pena mía
Un compañero en el inmenso mundo.

Bien hayas tú, nocturno peregrino,
Que entre las ramas del añoso tronco
Lamentas tu destino
Con un gemido desigual y ronco.

Bien hayas tú, porque te quejas solo,
Porque tus penas con ninguno lloras;

La ingratitud, el dolo,
Encontrarás por pago á todas horas.

Bien hayas tú, que esperas
Las horas de la noche silenciosa
Para exhalar las quejas lastimeras
De tu pena horrorosa.

Que en la mitad del día
Te ciega el sol con sus destellos rojos,
Y en la noche sombría
Brillan más con tus lágrimas tus ojos.

Bien hayas tú, habitante
De los espesos bosques, triste buho,
Queda en paz mientras loco, delirante,
Mi senda continúo.

Cual te atormenta Febo porque tienes
Nictálopes pupilas en tu daño,
Así surcan punzantes por mis sienes
Los dardos del dolor y el desengaño.

Bien hayas, porque gimes
Cuando callan el mirlo y el canario,

Y así á tu acento imprimes
La angustia del que gime solitario.

Bien hayas tú, que, como yo, comprendes
Que nadie por tus penas lloraría,
Por eso libre en la alta noche hiendes
Solo llorando, la extensión vacía.

Oh morador salvaje
De la enramada oscura,
Exhala tu gemir, que ese lenguaje
Place á mi corazón en su amargura.

No comprende mi pesar agudo
El vulgo necio, indiferente y frío,
Por eso como tú en la noche acudo
Aquí solo á exhalar el canto mío.

Bien hayas tú, que como yo no esperas
Otro sér que mitigue tus pesares;
Tú con tus ayes en el bosque imperas,
Yo enmedio á mi dolor con mis cantares.





Á MI MADRE.

Yo sé que te deleitas escuchando
Los sentidos acordes de mi lira,
Y de mis versos el acento blando
Tiernos deleites á tu pecho inspira.

Yo sé que me comprendes y me amas,
Yo sé que vives para mí gozosa,
Y en noble orgullo maternal te inflamas,
Y te contemplas con mi amor dichosa.

Estática me miras, y en tus ojos
Bebo de puro amor vivo destello,
Y me sonríes, ¡oh madre! sin enojos
Cuando enlazo mis brazos en tu cuello.

Y si el dolor con su saeta aguda
Hiere tu corazón, madre del alma,
Con mis caricias tu pesar se muda
Y solo encuentras en mi amor la calma.

¡Gracias, oh, gracias mil; siempre te adoro!
Solo tu alma es sin fin agradecida:
¡Cada suspiro tuyo es un tesoro!
¡Cada caricia tuya es una vida!

¿Quién me ha de amar así? nadie en el [mundo;
Jamás encontraré tan puros lazos,
Porque al embate de pesar profundo
Las cadenas de amor se hacen pedazos.

Siempre la duda cual roedor insecto
En el pecho se anida en propio daño,
Y siempre viene en pos de cada afecto,
Y de cada ilusión, un desengaño.

Pero tú, madre del alma,
Sin ese duro temor,
Me darás siempre la calma
Y te llevarás la palma
De mi solícito amor.

Nunca, nunca he de perderte,
No me tocará la suerte
Que á otros amantes tocó;
Tú has de amarme hasta la muerte
Lo mismo que te amo yo.

¡Ah! yo sé que te placen sus cantares;
Por eso al son de mi laúd querido,
Olvidando del mundo los pesares,
A tí elevo mi voz enternecido.

Tan solo !oh madre! á tí; porque te adoro,
Porque es tu alma sin fin agradecida;
¡Cada suspiro tuyo es un tesoro!
¡Cada caricia tuya es una vida!



EL PLACER.

DIRÍJEME tus ojos, amor mío,
Dame tus labios á besar, hermosa,
Reclínate en mi pecho cariñosa,
Cura en tus brazos mi pesar impío.

Encadena á tus plantas mi albedrío;
Hazme feliz, criatura bondadosa...
¡Cuál me enagena la expansión dichosa!
¡Con qué magia disipas el hastío!

Quiero gozar contigo hasta la muerte,
Quiero siempre vivir para adorarte
Y bendecir unidos nuestra suerte.

¡Ay! ya siento un dolor al apartarte,
Ya el tedio me consume, y al perderte...
Me aborrezco, ¡ay de mí! ¡no puedo amarte!



AYER.

Á MI AMIGO

FELIX MARÍA ESCALANTE.

¡Por siempre huyó!... Fantasma vaporoso
De mi perdido ayer, adios: tu giro
Sigue doquiera entre tinieblas densas
De mi laúd el fúnebre gemido....
¡Adios! ¡adios!... Hundístete liviano
En las horas que fueron: el abismo
Se presentó ante tí: raudo volaste
Como un ave que cruza en el vacío....

Sí; y aún te sigue el doloroso acento
Que lanzo en mi continuo desvarío,
Y te miro, fugaz, como una sombra,
Sepultarte en el cóncavo infinito,
Como se pierde en el parduzco fondo,
Al espirar el sol en su camino,
El roble colosal que en lontananza
Entre los bosques se destaca erguido;
Mas tú no volverás á presentarte
Ante mis ojos, como el roble altivo,
Cuando aparezca tras los altos montes
Del nuevo sol el resplandor divino.
No, no, jamás; que entre las sombras cruzas
De la impalpable eternidad perdido,
Y ni la luz de plácidos recuerdos
Alumbra tu contorno fugitivo.
Un sueño fué que aletargó mi mente,
Pero ¡ay! un sueño del Edén traído,
Para un instante enagerar el alma
Y hundirla en el tormento de improviso...
Todo acabó: la hiel del desengaño,
En vez del néctar del deleite libo,
Y en mi agudo dolor, dentro del pecho,
Del corazón me cansan los latidos.

Sí; la ilusión de la mujer que amara
Se ha trocado en crudísimo martirio,
Y los momentos de placer y gloria
En horas ¡ay! de matador hastío.
Marasmo por doquiera, horrible tedio,
Sombras no más de aquel Edén perdido.
Nublan mi porvenir como la bruma
Que entolda los espacios de zafiro.
¿Y he de arrastrar mi vida como arrastra
Pesados hierros infeliz cautivo,
Cual tosca cruz á cuyo enorme peso
Me quede á la mitad de mi camino?...
¡Ayer, ayer! imágen de mi gloria!
Tibio reflejo del deleite mío,
Crepúsculo fugaz, del arpa de oro
Encantador y postrimer sonido!
Si ya no has de volver, si en ese oscuro,
Horrible y profundísimo vacío
Las horas que pasaron se sumerjen,
Perdiéndose en sus senos infinitos;
¿Dónde hallaré la paz? ¿Acaso pueda
Vivir sin fé? vivir es un suplicio;
Vogar en este oceano borrascoso,
Sin velas ni timón, al albedrío

De procelosos vientos ¡ay! ¿á dónde,
A dónde me conduce mi destino?...
En tanto del dolor el hondo vaso
Apura sin cesar el labio mío:
Del loco mundo la algazara loca
Llega con lentitud á mis oídos...
Ellos cantan y ríen... ¡dichosos seres!
En los deleites siempre confundidos,
Rodeados de célicas beldades
De lánguido mirar y talle erguido...
Ya los escucho... del festín alegre
A mí llegan los plácidos sonidos,
Y contemplo al través de esas ventanas
Del raudo wals el voluptuoso giro...
¡El amor! panorama delicioso,
Almo consuelo del mortal, alivio
Del agudo dolor... ¡ay! yo no puedo
Ufano penetrar en tu recinto!...
No; que contemplo la pomposa fiesta
Al pié del muro que me niega abrigo;
Y no hay un sér en la callada noche
Que recoja mis íntimos suspiros,
¡Ah! todo causa al corazón pesares.
Todo acrecienta mi dolor: el giro

De las pesadas nubes que se agolpan;
Los lívidos relámpagos... el grito
De los siniestros cárabos nocturnos,
Y entre los secos troncos el zumbido
Del viento pertinaz... de las cascadas
El lejano rumor, y de contino
De los reptiles asquerosos suenan
Los prolongados, lúgubres silbidos.
Y á este cuadro de horrores que me espanta,
Para aumentar mi bárbaro suplicio,
Se unen los ecos del festín alegre...
¡¡Callad!! ¡no suenen vuestros torpes gritos!
¡Callad, por Dios... estúpidos sarcasmos
Son vuestros goces á mi mal unidos.
¡Cesad! cesad! no vibre en vuestros labios
El torpe beso del amor lascivo...
Ah!... ¡cuánto herís al corazón!... No quiero
Prestar á vuestro acento mis oídos;
No quiero ver vuestras volubles formas,
Leves girando en el salón sin tino;
No quiero presenciar vuestros amores,
No quiero ver vuestro placer maldito!...
Pero ¡ay! á mi pesar buscan los ojos
De ese festín el deslumbrante brillo,

Como buscara el ciego infortunado
Del claro sol el resplandor divino!
La sed del alma que mi labio seca
Me mueve á contemplaros... los sonidos
De la vibrante orquesta; de la seda
Que roza un pié los lúbricos crujidos;
La voluptuosa y lánguida mirada
De la beldad; el pecho alabastrino
Que ondula ténue del amor al soplo....
Una sonrisa de pasión.... ¡Delirios
De la exaltada mente! un solo instante
De calma conceded al pecho mío:
No me abrumeis; que plúgole severo
De la dicha apartarme á mi destino,
Y no me deja penetrar en donde
Ayer fuera mi ameno paraíso...
¡Ayer! ¡ayer! imagen de mi gloria!
Tibio reflejo del deleite mío,
Crepúsculo fugaz; del harpa de oro
Encantador y postrimer sonido!...
¡No has de volver jamás! bajo mi planta
Encuentro un yermo estéril y sombrío...
Del porvenir el horizonte oscuro
Solo se enciende al resplandor rojizo
De fúlgido relámpago... ¡¡Crucemos
El dilatado erial, laúd querido!!



JESUCRISTO EN LA CRUZ.

El que ha podido hacer adorar una cruz, el que ha ofrecido por culto á los hombres *la humanidad doliente y la virtud perseguida*, éste, lo juramos, no puede menos de ser un Dios.

CHATEAUBRIAND.

¡Calle el mundo á mi voz! El arpa mía
Va á repetir el eco del Calvario
Con mágico concento,
Que en alas de la mística poesía
Se eleve presuroso y solitario
Hasta tocar el alto firmamento.

¡Calle el mundo á mi voz! Altivos reyes,
Pueblos que venerais la augusta enseña
Con júbilo infinito,

Mudos oíd: ante las sacras leyes
El orbe todo su poder domeña.
¡Tiemble á mi voz el bárbaro precito!

Sí; porque canto al Salvador del mundo,
Al autor de las altas maravillas,
Á cuyo solo nombre
Los querubines con amor profundo
En el cielo se postran de rodillas,
Y acá humillado se estremece el hombre.

¡Canto al Señor! dobléguese á mi acento
La humanidad en el mezquino suelo;
Porque de unción piadosa
El alma siento arder, y el pensamiento
Al escabel se encumbrará del cielo
Donde la planta de Jehová reposa.

¡Atended! una voz ha resonado
Derramando torrentes de armonía
Y de placer profundo!...
¿Quién profiere ese acento regalado?
Oíd en esa dulce melodía,
La dulce voz del Salvador del mundo.

«Perdónalos, Señor oh Padre mío;
No saben lo que han hecho.»—¡No lo saben!
¡Cuánta bondad encierra,
Jesús, y cuanto amor, tu acento pío;
Dejas que gotas de tu sangre laven
La negra culpa que manchó á la tierra!

Y dejas ¡ay! que en tu sagrada frente,
Que en esas sienes, ¡oh Señor! que inclinas
Enclave despiadada
Del pueblo infiel la fementida gente
Corona de agudísimas espinas
Que hacen brotar tu sangre venerada.

¡Tú, cuya aureola presta fulgurante
Su luz al sol, y cuyo soplo haría
Cenizas la natura!
¡Tú sufres, ay! Levanta amenazante
La voz, confunde á la canalla impía,
Y no apures las heces de amargura.

Pero apacible vuelve la mirada
Hacia la cruz del malhechor, diciendo
Con júbilo: «*Este día*

Serás conmigo en la eternal morada.»
Cada mortal en el instante horrendo
Recuerde esa palabra de armonía.

El Señor va á morir: siempre bondoso
Quiere dejar al mundo cara prenda
De su amor inefable;
Prenda sin par, tesoro portentoso,
Que al hombre triste en su dolor defienda
Y sea refugio de infeliz culpable.

Viendo á María, la dice dulcemente,
Enseñándole á Juan, que triste llora:
«*Mujer, mira á tu hijo.*»
Desde entónces el mundo reverente
De la Madre de Dios la gracia implora,
Y la venera con amor prolijo.

Del Gólgota otra vez allá en la altura
La voz del Redentor se escucha apena
«*Tengo sed,*»—¡Es posible!
El que en Oreb de entre la peña dura
Hizo saltar el agua por la arena
Con su inmenso poder irresistible...

¿Es cierto, Dios Eterno? El que ha vertido
Sobre el orbe torrentes, el que un día
El ancho mar llenara,
El que á su voz mirara sumergido
Al mundo entre las aguas... ¡Raza impía!
Oíd, oíd, su acento que murmura:

«*Padre mío, ¿por qué me desamparas?*»
Solo!... ¡solo! El que ordena en los confines
Del empíreo millares
De jerarquías de su mando avaras,
De arcángeles y bellos serafines...
¡Solo el Señor cercado de pesares!

¡Silencio! ¡Prosternaos! negros vapores
Torvos encubren el zafíreo cielo!
La luz se debilita,
Desátanse los vientos bramadores,
Y á la penumbra que circunda el suelo
Vése la tierra del Señor maldita.

Y surcan los relámpagos la esfera
Y en las tinieblas lóbregas serpean:
Pavorosos resuenan

Inmensos ruídos de terror; do quiera
Cárdenos rayos sin cesar flamean
Que con su voz los ámbitos atruenan...

Treme la tierra... rugen y se agitan
En sus cuevas las fieras espantadas
De tales conmociones;
Los torrentes sin fin se precipitan,
Y escúchanse feroces risotadas
De los infames, bárbaros sayones.

En tanto de las fosas se levantan
Los que fueron ayer; desencajadas
Asoman las facciones;
Al mirar el Calvario se amedrentan
Y se hunden en las tumbas socavadas,
Con extrañas horribles contorsiones.

¡La hora sonó! La humanidad entera
Levanta el grito: «¡Redención! exclama.
El momento ha llegado
De cumplirse la oferta verdadera;
La sangre que nos salva se derrama,
La sangre de Jesús idolatrado!»

«*Todo se consumó!*» ¡Gracias, Dios mío!
Que al mundo todo legarás muriendo
Tus bienes soberanos:
Ya te escucho en el Gólgota sombrío,
Exclamando: «*Mi espíritu encomiendo,*
Señor, Señor, en tus sagradas manos.»





Á MI QUERIDO MAESTRO Y AMIGO

DON LORENZO ADUNA.

LA SAMARITANA.

«Dadme á beber del agua de la vida»
Dijo Sarai á Cristo allá en Samaria,
Incrédula tal vez y temeraria.
Jesús al ver á la mujer perdida

Delante de él con la cabeza erguida
Cabe el brocal del pozo solitaria,
Levantó, como losa funeraria,
El velo de su historia envilecida.

Tiembla Sarai, espántale la oscura
Vergonzosa memoria del pasado:
«Dadme á beber»—repite, ansiando calma:

Del Redentor escucha la voz pura,
Y en medio de su lloro acrisolado
En aguas de la fé bañó su alma.





VIVIR MURIENDO.

¡Qué lentas son las horas de mi tediosa vida,
Qué amargos los instantes, ausente de mi amor!
Desgárrase sin trégua mi dolorosa herida,
Y vago cual la hoja marchita compelida
Por rápido aquilón.

Ya asome esplendorosa con mágica sonrisa
Aurora en el Oriente con nubes de carmín;
Ya sople adormecida la perfumada brisa,
Ya preste melancólica la luna luz remisa
Al cielo de zafir.

Yo llevo aquí en el pecho el dardo que me oprime
El dardo, sí, que hiere mi pobre corazón;
Natura con sus galas al triste no redime
Del torcedor eterno con que abatido gime
En su íntimo dolor.

En medio á mi aislamiento, con el aroma as-
[ciende
Del cáliz de las flores al lánguido saüz,
A perfumar sus hojas, mi fiel memoria, hiende
Dulcísimo recuerdo que al alma toda enciende,
Bañándola en su luz.

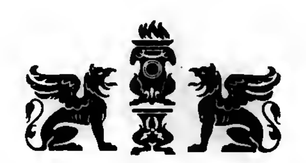
Recuerdo de ventura, magnífico, risueño,
Cual en Abril los campos de espléndido matiz;
Embriagador, süave, cual plácido beleño
Que entrega á castas vírgenes al voluptuoso sueño,
Sueño de amor feliz.

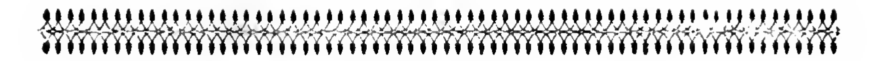
Mas ¡ay! que cruza ráudo por la abrasada mente
E impregna sus dulzuras en mi ánima ¡infeliz!
Con su frescura aumenta la sed que el pecho siente,
Y pasa y vuelve ¡ay triste! mi corazón doliente
Frenético á gemir!

¿Dó estás, angel querido, deidad consoladora
De inspiración, de dicha sublime manantial?
¿Dó está la que mi alma con entusiasmo adora?
¡Lejos de mí! y en tanto la pena aterradora
Me agobia sin cesar.

Mas si á perpétua ausencia nos condenó la suerte,
Si en un desierto estéril por siempre he de vivir,
Oprímame en sus brazos la descarnada muerte,
Que más enamorado, hermosa, que no verte,
Pluguiérame morir...

¡Morir!... ¡ah, no! muriendo, mi amor se acabaría
Bajo el inmundo techo del féretro ruín;
Y en tí, dolor acerbo, tenaz se cebaría...
¡Ah!, nunca!... solo quiero vivir, gacela mía,
Para vivir por tí!





TEDIO.

APARTA, aparta, Tisbe; me cansan tus caricias,
Me abruman los instantes que paso junto á tí;
Veneno amargo encierran tus férvidas caricias,
Germen de tédio y pena tu loco frenesí.

Me miras, y en tus ojos de la voraz hoguera
Que guardas en tu pecho, brillando está el fulgor;
Mi mano entre las tuyas descansa, y no quisiera
Habértela cedido, cual te cedí mi amor.

Huye de mí; ya el tédio me enerva y me
[quebranta,
Lo que antes fuera dicha tornóse en sinsabor,
Dirige á otros amantes la vacilante planta;
No me ames, abandóname en brazos del dolor.

Tal vez un pecho tierno más cándido en el mundo
Encuentres, ya mi pecho la tempestad secó;
Marasmo donde quiera y malestar profundo,
En mi aislamiento triste, me seguirán en pos.

Qué quieres? no me exijas que vierta melodías,
Que solo ayes tristísimos por siempre arrojaré;
Olvida aquellos dulces y placenteros días,
Que yo hasta de mí mismo también me olvidaré.

Los votos! ah! no sabes en tu experiencia corta
Lo que en el mundo valen los votos del amor;
Si ya no siente el alma felicidad; ¿qué importa
Que juren los amantes lo que el amor dictó?

Los juramentos vuelan cual hojas arrancadas
Del árbol al empuje de rápido aquilón,
Y se disipan leves cual nubes arrasadas,
Por los glaciales vientos en la inmortal región.

No alientes en tu pecho un rayo de esperanza,
Me abruma el contemplarte pidiendo un corazón,
Que seco y desgarrado hacia el sepulcro avanza,
A convertirse en polvo sin llanto ni temor.

Déjame solo y triste cruzando mi camino,
Lanzando por do quiera los ayes del pesar;
No es uno mismo, Tisbe, nuestro fatal destino,
Tú goza, yo entretanto camino sin cesar.

Tú encontrarás al paso ardientes amadores
Cual mariposa leve que va de flor en flor;
Prodiga tus encantos, regala tus amores,
Apura los deleites sin tregua ni aflicción.

Por qué congoja fiera te arranca de los ojos
El llanto cuando miras á tu cantor sufrir?
Rie voluptuosa, Tisbe, olvida los enojos,
Entre el tumulto piérdete de espléndido festín.

Qué importa que yo triste, cual cárabo nocturno,
Tan solo notas lúgubres exhale mi laúd,
Que cruce por el mundo callado, taciturno,
Ó que me postre débil al peso de mi cruz?

Qué importa al mundo el eco de mi dolor? ¡se ríe!
Y á tí ¿por qué te hiere mi acento? ríe también;
El mundo en sus festines con júbilo se engríe,
Y tú, con tus amantes, olvida lo que fué.

Pero si quieres, Tisbe, que yo también me [ría,
Dame el pandero y danza cual rápida visión;
Y moriremos juntos enmedio á la alegría,
Danzando tú y yo riendo... con risa de dolor!





SOLEDAD DEL ALMA.

(PARA UN ALBUM.)

Es un desierto erial la vida mía:
No brotan á mis piés pintadas flores,
Y mi laúd envía
No del amor la tierna melodía,
Sinó el son de mis íntimos dolores.

Lució la aurora límpida y radiante
Después de larga noche de aislamiento:
Dentro del pecho amante,

Un misterioso impulso en el instante
Engendró delicioso sentimiento.

Bello fué mi horizonte, bello el mundo
Con la antorcha del día iluminado:
En placeres fecundo,
Presto en torrentes de ilusión me inundo
Y á mi ambición es pobre lo creado.

Como en óptica hermosa, un panorama
Espléndido brillara ante mis ojos:
El corazón se inflama
Del entusiasmo con la viva llama;
Ví á la mujer, y la adoré de hinojos.

Y mi vida, y mi sér y el alma mía
En delirio abrasáronse, dichoso,
Mi loca fantasía
Senda de bienandanza me ofrecía
Y puso amor y celestial reposo.

Mas de súbito ¡oh Dios! en lontananza
Aparecen deformes nubarrones:
La tempestad avanza,

Y marchita la flor de mi esperanza,
Huyeron mis doradas ilusiones!

Hoy... ¡pobre corazón! en mi camino
Es presa ya de fúnebre marasmo:
Huyó el ideal divino,
Y cada nuevo halago del destino,
En mi agudo dolor, es un sarcasmo.

Solo.... solo por siempre, abandonado,
Ay!.... nunca sufras como yo, ni veas
Tu porvenir nublado;
Olvídate del vate desdichado,
Y sé feliz cuando mis versos leas.





LA VIRTUD.

Á MI HERMANA FRANCISCA

EN PRUEBA DE CARIÑO.

OYE cual silva el arrecido viento,
Llevando con sus alas,
En su empuje violento,
Del prado y del jardín las frescas galas.
Mira esas hojas que en revueltos giros
Hacia el torrente avanzan
Con desigual rumor triste y medroso,
Y, sin saber á donde van, se lanzan
Al mar, al mar undoso....!

El cristal de la fuente, terso y puro,
Se empaña con el viento que lo riza
Y sus azules ondas transparentes
Pardas se tornan con el cieno oscuro
Que despide el torrente desbordado.

Abandonan las pardas golondrinas
El nido fabricado en la techumbre
Del torreón, y en pos de viva lumbre,
De más ardiente sol, de frescas flores
Llevan, cantando cual vinieron, todo
El fruto de sus cándidos amores;
Así también las ilusiones huyen
Al peso de los años;
Así también, despues de los amores,
Como el turbión que deshojó las flores,
Vienen gimiendo negros desengaños;
Así la fuente de inocencia pura
Enturbia la corriente
De violenta pasión y las creencias
Más tiernas ráudas pasan
Como las secas hojas que caminan
Al mar.... al mar de duda....!
Donde se pierden para siempre, hermana:
La fé de ayer no volverá mañana.

Tal vez por eso en el hogar un día,
Sobre mi adusta frente
La sombra de letal melancolía
Miraste de repente:
Tal vez por eso solitario y triste
Me contemplas do quier y en vano anhelas
Leer en mi corazón secretas ansias;
Solo voy caminando
Mis amargos pesares lamentando.

Alguien empero de mi pena ríe
Y, al mirarme reír, feliz sin duda
Me contempla, cruzando por la vida,
Ajeno de amargura y sinsabores,
El cáliz apurando
Gozoso del placer y los amores.

Dicen que la ventura me circunda
Y á envidia les provoca,
Y no comprenden que si ríe mi boca,
Mi corazón en el dolor se inunda;
No saben, no, que en mi vigilia larga
Con ojo escrutador al mundo veo,
Y que cada ilusión, cada deseo,
Vierte una gota de veneno amarga.

No saben, no, que guardo aquí en el pecho
Un corazón en el pesar sensible;
No saben que la mente acalorada
En rápido volar el éter hiende,
Y con luz que los cielos me prestaron
Los torpes desvaríos
De la mezquina humanidad comprende;
Y no sabrán jamás, que es otro mundo
El que forjó en mi loca fantasía,
Un mundo de virtud, de poesía,
De pureza infinita y de bondades
Porque ardiente suspira el alma inquieta,
Otro mundo mejor, mundo de aromas,
De amor y de armonía y de esperanza
Que solo comprendió noble poeta
Como el justo la eterna bienandanza.

Presto las alas que tendió mi anhelo
Se pliegan fatigadas,
Tiendo la vista al derredor: el suelo
Está do quier de crímenes henchido,
Donde vi la virtud, el vicio torpe,
Artero, sin cesar se enseñorea;
Donde forjó mi idea

Suma bondad, cinismo se levanta,
Rencor, odio, maldad, do quier poniendo
Sobre rico tapiz la inmunda planta,
Donde miro lealtad, negra falsía
Asoma riendo la cerviz enhiesta;
En vez de amor, el lúbrico deseo
Mantuvo reprobado devaneo
Y la virginea fada encantadora,
De deleites avara,
En un rincón, cubriéndose la cara,
Desesperada, su impureza llora:
Tiende amigo sincero franca mano
Y en las pupilas del amigo mira
El fátuo brillo del encono insano
Que contra el lazo de amistad conspira.

El que á la patria invoca
Y con la enseña tricolor en brazos
Gritando gloria, ó derramando lloro,
Por el público mal, cínico y torpe
Las leyes de la patria hace pedazos
Y absorbe avaro el maternal tesoro.

¿Dónde está la virtud? Oigo el ruido
Que produce el escarnio, turba impía

En báquica algazara
Á una maga hermosísima y divina
Está lanzando insultos á la cara;
¡Cual la atormentan y la acosan ciegos!
¡Cuan burlan su modestia y gallardía!
Unos la llaman detestable arpía,
Otros ni aún tocan la tendida falda,
Y así la vuelven con desdén la espalda.
Y aquéllos que mantienen la orgía impura
La llaman encubierta hipocresía;
Mas ni dolor, ni escarnio, ni denuestos
Borran la aureola pura
Que en su frente vivífica fulgura.

¡Feliz aquél que ante las aras divas
De ese ángel purísimo y risueño
La frente doblegó! ¡feliz quien ama
De adorable virtud los resplandores,
Y en la terrible adversidad la llama;
Ella vendrá gentil regando flores,
Ella gallarda y pura y refulgente
Vendrá á poner al triste
La oliva de la paz sobre su frente;
Ella en los labios que secara el hielo
Del agudo dolor, néctar sabroso
Derramará del cáliz delicioso

Donde beben los ángeles del cielo;
Ella lo guarda entre sus castas manos
Para dar al sediento peregrino,
Que equivocó el camino,
Y la llama infeliz en su agonía,
En su pesar profundo,
Que es la única en el mundo
Que del triste mortal los pasos guía.

Yo sé que tú te postras reverente
Ante ese angel de paz; sé que la invocas
Y que ilumina tu apacible frente,
Cuando las orlas de su manto tocas;
Yo sé que tú la amas, que á tu lado
La llamas con solícito cuidado,
Cual los blancos risueños serafines
Que allá del cielo inmenso en los confines
Al lado viven de las justas almas
Y á la blanca virtud, si baja al mundo,
Sus coronas le prestan y sus palmas.

Ámala sin cesar, no venga el día
En que al fiero desdén tienda las alas
Y te abandone enmedio á tu agonía.....
Qué hicieras ¡ay! sin sus lucientes galas.

LIBERTAD.

Triste como el esclavo gemebundo,
Muda como la víctima inocente,
Mi patria, al peso de dolor profundo,
Al férreo yugo doblegó la frente.
Mas una voz que conmoviera el mundo
Oyen los hijos de Anahuac doliente,
Y ¡gloria! gritan en seguro puerto,
Libres como las aves del desierto.





SOLEDAD DE MARÍA.

YA moribundo el sol en occidente
Derrama sus postreros resplandores,
Dobléganse los tallos de las flores,
Cesa el rumor de la sonora fuente.
  Suben en tanto allá por el Oriente
En confuso tropel negros vapores,
Y entre los altos juncos cimbradores,
Zumba medroso el huracán potente.
  Cubre el zenít un velo funerario,
Hondo suspiro de dolor resuena;
Que al hombre que en el Gólgota se inmola
  Envuelven en blanquísimo sudario,
Y la Madre de Dios de duelo llena
Queda al pié de la cruz postrada y sola.

GOCES DE AMOR.

INVOCACIÓN.

¡Qué grato es en la noche sosegada
Al fulgor de la lámpara del cielo,
Tender al horizonte la mirada
Y dilatarla en el zafíreo velo!
!Cuánta ilusión al ánima inspirada
Inunda de dulcísimo consuelo,
Cuántos goces de amor en esa hora
Puede cantar la cítara sonora!

Ese tranquilo luminar que lanza
A raudales su luz esplendorosa,

Esa fúlgida lámpara que avanza
Al encumbrado zénit magestuosa,
Que abandona perdido en lontananza
Su vaporoso lecho desdeñosa,
Envía la inspiración al alma inquieta,
Es la fuente del férvido poeta.

Paso! flotantes nubes; la viajera
Reina y señora del azul espacio,
El solo luminar que en él impera,
Orgulloso en su cóncavo palacio,
Lance su luz sobre la tierra entera
Más bella que el diamante y el topacio.
Volad, nubes hacia los horizontes
Y ocultaos silenciosas tras los montes.

Y vosotras magníficas estrellas
Que cintilais cual vívidos diamantes,
Cual las pupilas de la virgen bellas,
Cual de Dios la mirada rutilantes,
Innumerables vívidas centellas
Que suspensas quedásteis y distantes
Cuando plugo al Señor formar un mundo
Del seno oscuro del caos profundo.

Mandadme vuestros vivos resplandores,
Prismas brillantes de la etérea cumbre,
Que adivine mi vista los colores
Con que os reviste misteriosa lumbre.
Para explicar la luz de mis amores
A vosotras mi espíritu se encumbre;
Para pintar lo que mi pecho encierra
No hay colores ni luz sobre la tierra.

¿Qué idioma de ternura y melodía
Fuera bastante á descifrar al mundo
El encendido amor del alma mía,
Rico venero, manantial fecundo
De pureza, de férvida poesía,
De amor inmenso, espiritual, profundo;
¡Oh! si el harpa del angel yo tuviera,
Música del edén mi canto fuera!

¡Ay triste! ¿por qué plugo á mi destino
Negar la voz del angel á mi lira,
Cuando dióle el Señor al peregrino
Un corazón ardiente que suspira,
Un corazón que busca en su camino
Como la abeja que entre flores gira,

El bello ideal, la incógnita belleza,
Cándida flor de sin igual pureza!

Que esa buscada flor, esa alma pura,
Lleva entre todas de virtud la palma,
Estrella que vivífica fulgura,
La sola compañera de mi alma,
Ella derrâma por doquier ventura
Y en éxtasis magníficos la calma,
Ella enciende mi mente de ilusiones,
Cuando doy á los vientos mis canciones.

Por ella pido su murmullo al río
Y á las brisas sonoras su concento,
Su imponente quietud al bosque umbrío,
Y á la tórtola tierna su lamento;
Por ella ardiendo dentro el pecho mío
Se mantiene tan puro sentimiento,
Y en medio á la feraz naturaleza
Canto el amor de la gentil belleza.

¡Ojalá que mi lira abandonada,
Cubierta con crespones de duelo,
Á la grata influencia delicada

Del angel puro que encontró mi anhelo,
En deliciosa cántiga inspirada
Entone cual querub, allá en el cielo,
Blandos acordes que al oído alhaguen,
Trovas divinas que de amor embriaguen.

Si abriga el corazón tanta ventura
¿Por qué se niega á revelar la mente
La magia dulce de pasión tan pura
Como el aroma de la flor naciente,
Como del cisne la sin par blancura
Que se retrata en la serena fuente....
Prestadme, ¡oh del empíreo moradores!
Vuestro acento de místicos cantores.





ANACREONTICA.

ACÉRCATE á este chopo
Dorila encantadora,
Que tienes las mejillas
Cual rojas amapolas;
Que pasten libres deja
Las cabras por la loma,
Y goza aquí un instante
De la apacible sombra,
Que aquí está blando el césped
Y corre agua sonora:
Ven á mi lado amante,
Y al son de la zampoña
Entonaré cantares
Mientras el sol arroja

Sobre los verdes campos
Su luz esplendorosa.
Es la hora de la siesta,
En los olivos posan
Allá tras el cercado
Las cándidas palomas,
Tan solo por los aires
Los gavilanes cortan
El caloroso viento
Con lentitud penosa.
Mira cual lame el toro
Los troncos en las lomas
Por ver si jugo saca
Que refresque su boca.
Mira como jadean
Las ovejillas todas
Y cual cocean aquéllas
Picadas por las moscas.
Es la hora de la siesta,
Dorila encantadora,
Descansa aquí un instante,
Dorila, aquí reposa.
De los gorriones oye
La algarabía sonora,

Contempla cual se agitan
Allí sobre las copas
De los añosos fresnos
Que dan al agua sombra.
Si saltan á tus faldas
Insectos que te acosan
Zumbando cual sonido
De la chicharra sorda,
Ayuntarélos presto,
Castigaré sus mofas
Que aleves é importunos
Tu paz y sueño roban.
Ven á mi lado amante
Dulcísima pastora,
La más gallarda y linda
De todas estas lomas,
Ven, que decirte quiero,
Tiernísimas historias,
Dorila, ven, descansa
Aquí bajo la sombra
Que es la hora de la siesta
Y ya el calor sofoca:
Descansa, y en la tarde
Irémos á mi choza

Y te daré en cestilla
De juncos, primorosa,
Dos blancos requesones
Cubiertos con las hojas
Del tepozán que vimos
Junto á la vieja choza.
Dorila, aquí descansa,
Tus ojos me enamoran;
Tus labios de granadas,
Dorila, me provocan.
Tu pecho tan nevado
Cual pecho de paloma
Cuando se agita ¡cielos!
Me causa penas hondas;
Tu risa.... sí, sonríe,
Dorila encantadora,
Descansa aquí.... ¡qué tinta
Por tu mejilla asoma!
No dudes, mi Dorila!
Acércate..... paloma.....
Que es la hora de la siesta
Y ya el calor sofoca.....



EL CARNAVAL.

Ya viene el Carnaval con sus hechizos,
Derramando vivísimos placeres,
Ya viene el Carnaval con sus mujeres
De ardiente, enamorado corazón.
Mirad ese fantasma que se ostenta
Orlada la cerviz de mil colores,
Y vierte aromas por do quier y flores
Y trae la copa con que brinda amor.

Sobre carro de púrpura y de oro
Viene asentando la voluble planta,
Y en medio de las músicas levanta
Con hondo grito su sonora voz.

Y el séquito de sílfides entona
Báquico canto de acordados sones,
Y ondulan las garzotas y pendones
En rara y tumultuosa confusión.

De timbres y panderos y sonajas
Que trae la fantástica comparsa
Se oye el rumor, y la grotesca farsa
Preludia el entusiasta Carnaval.
Y las mujeres cual hurís hermosas
Que cubren su reír con la careta,
Y la mirada de placer inquieta
Roban el alma sin sentir la paz.

I.

«Bello es el Carnaval, báquico acento
«La lira entone del poeta ardiente,
«Alejad el hastío de vuestra frente,
«Brindad por la amistad, por el amor,
«¡Que viva el Carnaval, y si las copas
«Libais porque brinde, mujeres bellas,
«Ciertas estad que beberéis en ellas
«Pedazos de mi ardiente corazón!»

II.

Ven al salón; la música nos llama,
Sirena encantadora,
Más bella que los lampos que derrama
La nacarada aurora;
Ven á gozar de la fiesta
Y en revuelto torbellino
Con los vapores del vino
Y al son de la alegre orquesta,
En confuso tropel arrebatados
Iremos sin sentir en ráudos giros
Mis brazos con tus brazos enlazados.....

¡Oh, qué vértigo dulce me arrebata!
Mi corazón vacila,
Sirena, escucha, por piedad, me mata
La luz de tu pupila.....
Ven, Sirena, entre mis brazos
Reclínate sin cuidado,
Que sin sentir me has robado
El corazón á pedazos.

Vuelve otra vez la música sonora.....
¡Cuál hieren mi cerebro sus sonidos!
No puedo más, gacela encantadora.....

¡Oh cuánta luz ofusca mis pupilas!
¡Cual irradia tu frente
Con los brillantes fúlgidos que apilas!
Estás resplandeciente....
Dame á beber la ambrosía
De tus labios seductores,
Más fragantes que las flores
Que miro al rayar el día.
Tú eres mi adoración, y mi embeleso,
Maga hechicera de mirar ardiente,
Hieres mi corazón con cada beso....
....

III.

Ya miro la luz del día
Al través de la ventana,
Ya penetra hasta nosotros
En ráfagas azuladas.

Sirena, ¿qué tienes, dime?
¿Do está tu siniestra máscara?
¿Dónde están aquellas risas
Y aquellas dulces miradas?
Ay! estás inconocible,
Estás, Sirena, muy pálida!
¿Dónde están tus juramentos,
Tus amorosas palabras?
¿Por qué si te miro vuelves
Hacia otra parte la cara?
¿Eres tú, Sirena, ó sueño?
Qué tienes, voluble maga?
¿Por qué en vez de responderme
Me vuelves así la espalda?
¡Huyes!... ¡ah, todo ha cambiado!
Luces, orquestas y galas,
Y tantas bellas mujeres,
Y tantos distintos máscaras,
Y tan locos y risueños
Y de figuras tan raras...
Todo acabó!... se apagaron
Las bujías y las lámparas
Y el silencio en todas partes
Con aquel ruido contrasta...

Por qué siento desaliento
Y soledad en el alma?
Todo me inspira cansancio
Y honda desazón amarga;
La copa de los placeres
Entre las heces guardaba
Un veneno que me roe
Con lentitud las entrañas...»
  Así la luz de la razón un día
Viene á poner á los turbados ojos
Muda, imponente realidad sombría
Al que la copa del placer bebía
Y siente ¡ay triste! sinsabor y enojos





AL POETA MEXICANO

D. JUAN RUÍZ DE ALARCÓN. (*)

BROTÓ en el primer día
De la mirada del Señor radiante,
Cual torrente fecundo,
La luz que inunda el anchuroso mundo;
A sus reflejos mil, aparecieron
Nubes de vistosísimos colores
Que en el diáfano espacio se extendieron
A los primeros fúlgidos albores.

(*) Esta composición fué escrita por encargo de la Academia de San Juan de Letrán para ser leída en la función de apoteósis que se preparaba al poeta.

Sonrió naturaleza:
Y de entonces el hombre,
El bruto, el pez, el ave,
El reptil y el insecto imperceptible,
Con gratitud inmensa y alegría
Saludan en el mundo
El sonrosado albor de cada día.

Más bondadoso aún el Increado,
Al sér privilegiado
Otra luz quiso darle refulgente,
Y de su misma mente,
Lleno de amor profundo,
Un destello arrancó, y omnipotente
El génio vino á iluminar al mundo.

Lo alumbra, sí; pero también la envidia
Torpe, á sus piés, cual víbora iracunda,
Lucha en su encono y su fatal perfidia
Porque el génio inmortal en polvo se hunda.
¡Estéril anhelar! el vulgo frío
Indiferente huella
Las ricas flores del talento humano.....
Pero jamás del hombre el soplo vano

Atravesara el límpido vacío
Para apagar á la remota estrella.

Homero el inmortal cruzaba errante
Por los pueblos de Grecia: infortunado
Colón, que sabio y fuerte
Quiso á la España regalar un mundo,
Halló en España, por su infausta suerte,
El desprecio profundo:
Sócrates que en el seno
Vertió de Roma su saber un dia
Recibió de esa misma patria impía
Para sus labios el fatal veneno;
Y en calabozo oscuro
Murió quien vive de la fama encanto,
El gran Cervantes, el preclaro ingenio,
El mutilado ilustre de Lepanto.

Hoy de *Alarcón* la inmarcesible gloria
Venís á celebrar , ¡ofrenda justa
Cuando revive sn olvidada historia!
¡Ah! también él, sentido y tierno vate,
Que enseñó la verdad, que denodado
Defendió la virtud, que independiente

El vicio combatió, bebió en el cáliz
Del amargo dolor. El vulgo torpe
Que el genio de Alarcón no comprendía,
Con escarnio y con mofa le pagaba,
Y Alarcón, aunque triste, no cedía,
Ni al eco de las burlas que escuchaba
Se amenguó su nobleza é hidalguía;
Pero su tierno corazón lloraba!

Triste destino el del talento! ¡oh cuántas,
Cuántas víctimas, todas inmortales!
Al cruzar por el valle de la vida
Sienten el alma de dolor transida;
En su existencia el genio en vez de flores
Encuentra llanto y luto y sinsabores;
Mas llega al fin un día
En que esos seres que tan solo alientan
Encono y osadía,
Con la cerviz doblada,
Al contemplar esos ilustres nombres
En los eternos fastos de la historia,
Se humillan al fulgor de tanta gloria.
Libre la fama por el orbe todo
¡Alarcón! repitiendo

Su alto triunfo pregona placentera,
Y orgullosa la patria en que naciera
El vate, vibra palmas de victoria
Y entusiasmada canta
Himnos eternos á su limpia gloria;
Venid á regar flores,
Venid á dar al viento vuestros cantos,
Ardientes trovadores,
Y del hijo del Tasco, del poeta,
Ensalzad el aliento soberano:
El mundo todo con respeto admire
La gloria del ilustre mexicano.
México ¡oh patria mía!
Cara á mi corazón y desgraciada,
Pláceme ver que rindes á porfía
Culto al saber, y al genio omnipotente
Tienes verde corona preparada.
Pláceme verte en tu dolor prolijo
Aunque el consuelo el porvenir no mande,
Llora, patria infeliz, era tu hijo,
Mas levanta la sien, porque era grande....!





CANTO FUNEBRE

Á MI DIFUNTA HERMANA.

> Oh! dichosos mil veces! sí, dichosos
> Los que podeis llorar: y ¡ay! sin ventura
> De mí, que entre suspiros angustiosos
> Ahogar me siento en infernal tortura.
>
> Espronceda.

En este corazón que vertió pródigo
Torrentes de ufanía,
Que se sintió inundado
Por el néctar riquísimo y preciado
De la enaltada copa de ambrosía;
En este corazón feliz, risueño,

Que vió correr las horas
Como en dulce campiña,
En bandada fugaz, aves canoras;
En este corazón amante y tierno
Cayera ¡ay triste! en malhadada hora
Desbordado torrente de amargura,
Pena aguda, cruel, desgarradora,
Que hizo de un puro Edén horrible infierno.

....

¡Oh sombra, enantes encarnada y viva,
Llena de juventud y de hermosura!
¡Sombra querida! oh sombra!
Trémulo el labio con dolor te nombra,
¡Silencio, calma, soledad, tristura!

¡Cuán hondo es el abismo
De esa terrible eternidad! ¡cuán hondo!
Tan solo comparable al dolor mío,
Tan solo comprensible
Para el sabio Hacedor...
¡Oh fantasía!
¿Dónde está tu poder? ¿dónde tus alas?
Lleva mi corazón donde ella mora,
Surque veloz mi idea

Tras ese espacio que la luz colora,
Que un solo instante en mi dolor la vea.

Ella alentaba espíritu infinito,
Espíritu que nunca se adormece,
Ni como el barro vil que lo guardara
Al golpe cruel de la segúr perece.
El alma! soplo eterno sin espacio!
Emanación del Sér Omnipotente!
Dónde, después del mundo es tu palacio?
¿Do te asientas después eternamente?

¡Espantoso anhelar! amargas ánsias!
Duda que roe el corazón! la mente
Os abandona debil, deber santo
Os conjura cual torpes devaneos,
Alza la lira funerario canto,
Se agita el pensamiento, y el quebranto
Lastima el corazón, y en dura roca
Se estrellan insensatos mis deseos!...

¡Cuán profunda es la herida
Que deja al corazón de un sér amado
La inesperada y eternal partida!

Para siempre ¡ay! adios, ¡adios!...
Los siglos,
La mezquina razón, el cuerpo frío
Que en átomos se torna, el ala mueve
La brisa de la tarde sosegada,
Los esparce do quier, y el sér querido
Se disipa, se extingue, es humo, es nada.

....

....

En mi vigilia lenta y pesarosa
Enmedio de la sombra pavorosa
Que me cerca en redor, la he visto ¡cielos!
Ha venido hacia mí!... ¡Merced! mi labio
Con voz de mi cariño pesarosa
¡Merced! dijo, y la ví... era mi hermana!
Negros los ojos, la mirada amante,
Leve sonrisa su pequeña boca
Movía cual moviera el cefirillo
De la rosa los pétalos; flotante,
Destrenzada su luenga cabellera,
Enhiesto el talle, pálido el semblante
Y toda ella tan gentil y ufana

Como al borde del agua una palmera
Meciéndose al rayar de la mañana.

¡Era ella! ¡cuántas horas
Amenguó mi penar! El alma entera
A su seno voló, y el labio mío
Iba á tocar su frente...
¡Mentira! en mi dolor estaba solo,
¡Solo con mis dolores!
Toqué las nubes del estéril polo
Cuando soñaba en un vergel de flores!

Porque esos seres que se van ¡ay triste!
Jamás han de volver... ¡Jamás... huyeron
Y en un inmenso piélago profundo
Como el eco en los aires se perdieron...
Pero place á mi loca fantasía,
Y á mi dolor intenso,
La dulce y grata aparición sombría
Cuando al morir el luminar del día
En mi cara Merced, llorando, pienso.

Pláceme verla al rayo de la luna
Como náyade errante,

Descender melancólica y amante,
Ornada en derredor de blancas galas,
Iluminada por la luz del cielo,
Y sin tocar el suelo
Poner en un lugar los ojos fijos
Y sombra dar á sus pequeños hijos
Con el niveo plumaje de sus alas.

Mas luego desparece, y sombra y duda
Me cercan en redor; ¿dónde se esconde?
Hiere mi corazón saeta aguda,
Su nombre invoco y tumba solitaria
Con su lúgubre aspecto me responde

....

No hay paz! no hay paz! el alma dolorida
Como la seca arista se doblega
Al recio empuje de simoún violento,
Por fuerza irresistible combatida
Cede, se abate en su pesar cruento.....
Siento perder la savia de la vida.....
¡Oh golpe cruel, fatídico y terrible!
¡Oh muerte inesperada!
¡Cual se agosta la efímera existencia!

Como tronchada flor, como el arbusto
En el fiero rigor de la sequía,
Como copo de espuma arrebatado
Al mar por ola impía.....

....

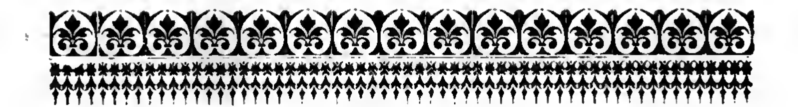
Y tan tranquila ayer y tan ufana,
Prodigando su risa y sus alhagos;
Feliz como los cisnes de los lagos
Que cantan saludando la mañana.
Alegre como el ave que gorgea
Entre el follage umbroso; tierna y pura
Como casta paloma en los olivos
Del valle, y tan amante en sus desvelos
Que en ambiente de amor y de ambrosía
Arrullaba á sus hijos pequeñuelos.

¡Horrible transición! ¡oh si volvieras!
Y otra vez nada más tu casta frente
Volviera yo á besar..... te dejaría
Hender el aire y remontar el vuelo,
Porque al menos mi pecho sentiría
Un momento de plácido consuelo.....
Te dejaría volver.... Sí, volverías

Con magestuoso vuelo
Sobre doradas nubes
Á ocupar entre fúlgidos querubes
El asiento que Dios te dió en el cielo!

¡Allí estás! ¡Allí estás...! lo sé.... Los buenos
Las palmas vibran de virtud y gloria.
Estás con el Señor, solo dejaste
En el mundo adorada tu memoria,
Y allá en el paraíso te recreas
De la materia vil abandonada....
Eres emanación purificada,
Eres aroma y luz, eres espíritu....
¡Estás con el Señor...! ¡Bendita seas!





LA PRIMAVERA.

Ya viene la estación de los amores,
Ya las escarchas del invierno crudo,
Del sol á los ardientes resplandores,
En vaporosas formas se levantan
É invaden la región del firmamento.
Huye y reposa proceloso viento
Y repliega las alas que agitaron
Las hojas del vergel, la rosa, el lirio,
Cesa ya, cesa, genio airado,
De arrasar con tu impulso seco y rudo
Los campos donde ayer fueron las flores
Á engalanar el valle y la pradera
Sitios ¡ay! de mis férvidos amores.

Cesa, cesa, aquilón, tiende tu vuelo
Allá de las montañas socavadas
Á las hondas cavernas.
Huye y transpón la gigantesca cumbre,
No toquen ya tu alas
Del fresco valle las nacientes galas,
Huye velóz hacia otros horizontes,
Deja en tu curso atrás los altos montes,
Y allá sobre las aguas del Oceano
Depón tu saña y tu furor potente;
Allá sobre sus olas verdinegras
Estrella ¡oh viento! la cansada frente;
Reposa allí, y si luchar quisieres,
No la apacible flor ni el tallo debil
De lozanos arbustos ni avecillas,
Ó frágiles aristas á tu brío
Resistirán, sinó robustas olas
Que á tu empuje bravío
Oponen con furor eternamente
Para doblar tus destructoras alas
Su movediza y espumosa frente.

Huye, feroz viajero,
Que destruyendo todo en tu camino

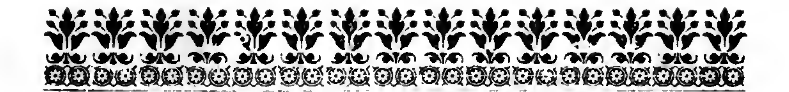
En el vergel despojarás las flores,
Al pobre y manso río
Sacarás de su cauce, y en el llano
Levantarás el pardo remolino.
Cese ya tu furor, venga la brisa
Á prodigar en vez de tus rugidos
Su hechicera, su lánguida sonrisa;
Venga como la amante cariñosa
Á besar el capullo de la rosa,
Á rizar mansamente las espumas
Del lago de cristal, del arroyuelo,
Y acaricie en su vuelo de las aves
Las delicadas plumas;
Que al sentir su influencia bienhechora
Prodigarán en la rosada aurora
Notas sonoras, argentinas, suaves

Venga el dulce favonio
Á mecerse en las hojas
Y á aliviar con su plácido murmullo
De ave amante las férvidas congojas;
Venga el céfiro errante
Que adoran las pintadas mariposas;
Venga apacible, amante,

Á desplegar el cáliz de las rosas;
Venga á esparcir la aroma
Del nardo y del jazmín y de otras flores
De lindas formas y colores varios
Que son en las campiñas deliciosas
Del favonio y del céfiro incensarios.

Ávido absorbe los aromas puros
De tanto cáliz por tu vida abierto,
Y llévalos al sitio apetecido
Donde cantando está mi bien querido,
Y esa tu voz de sin igual dulzura,
Ese murmullo que tu sér produce,
Que, misteriosos ecos levantando,
Está el tranquilo oído
Sin cesar halagando,
Formen en torno de la amada mía
De delicioso amor blanda armonía.





LA MUJER QUE AMÉ.

¡Ah! yo la ví, divina, encantadora,
En la mitad de mi árido camino,
Como la luz de la rosada aurora,
Como la playa el náufrago marino.

Hubo un tiempo en que solo recorría
El vasto erial del fementido mundo,
Rendido por letal melancolía,
Lleno mi pecho de dolor profundo.

Una funesta noche, ¡noche horrible,
Que nunca olvida la memoria mía!
Abrumado de tédio irresistible
En el festín alegre me perdía...

Mas la miré al pasar; ¡era tan bella,
Tan noble, tan gentil en la apostura,
Que al momento la amé! ¡Seguí su huella
Un porvenir soñando de ventura!

Pálida la color de su semblante,
Negro el cabello, la cabeza erguida,
Negro también el ojo destellante
Que revelaba inteligencia y vida.

¡Ay! yo la ví; la inspiración ferviente,
Al vivo rayo de sus dulces ojos,
Vino á alumbrar mi entristecida mente,
Vino á calmar mi pena y mis enojos.

Y la entoné canciones, y la vía
Trémula al escuchar mi blando acento;
Y era que apasionada comprendía
De mi cantar el amoroso intento...

Luengas horas pasaron de ventura
Y placenteros días de consuelo,
Gozando de su angélica ternura
Con amoroso afán, con casto anhelo.

¡Gratas horas de amor! ¡Caros instantes!
Pasaron ya, perdiéronse en la nada;
Las historias dulcísimas de antes
Dejaron ¡ay! el alma atribulada.

Todo pasó: y el desconsuelo, el llanto,
Quedaron en el pecho solamente,
Y llevo, ¡ay triste! por doquiera en tanto
La huella del dolor sobre mi frente.

Todo pasó: sucede de improviso
Á fértil primavera, crudo invierno;
Donde miraba ayer un paraíso
Hoy se levanta aterrador infierno!

¡La virtud! ¡el amor! cándidas flores
Que engalanaron la beldad perdida,
¿Dónde están su perfume y sus olores?
¿Dónde el fulgor de su lozana vida?

Las impresiones del amor dichosas
Quimeras son de la exaltada mente;
Mueren también cual las pintadas rosas
Al empuje del ábrego inclemente.

Esa mujer en cuya frente veo
El sello de la infamia ennegrecido
¿Es el angel que creara mi deseo?
¿Esa es la virgen que adoré rendido?

¡Ciego de mí! La contemplé tan pura,
Modelo de virtud y de inocencia,
Que forjando mil sueños de ventura
Era senda de flores mi existencia.

Mas el velo rasgué que la cubría;
Rodó su trono de fragantes flores,
Y era ¡ay de mí! la encantadora impía
Despojo de falaces amadores...

Artera me engañó: mil y mil veces
Me juró su constancia enamorada,
Por mirarme apurar hasta las heces
La copa del dolor emponzoñada.

Pasaron, sí, las horas de ventura,
Y triste llora mi enlutada lira...
Sus votos y su amor y su ternura
¡Fueron vana ilusión! ¡Fueron mentira!

Todo pasó: sucede de improviso
Á fértil primavera, crudo invierno;
¡Donde miraba ayer un paraíso
Hoy se levanta aterrador infierno!





EL CLARÍN

DE LA SELVA.

RASGANDO la tiniebla ya colora
En el Oriente, imperceptible, escasa,
Como cendal de transparente gasa,
La tibia luz de la risueña aurora.

Y apena el viento, que al follage orea,
Comienza fresco á susurrar sonoro,
Y presta al dulce matutino coro
El ave entre las ramas se menea;

Apenas el arroyo cristalino
Murmura entre las guijas mansamente,
Allá, sobre las rocas del torrente
Se escucha un canto de placer divino.

Un arpegio sonoro, melodioso,
Como el del arpa del querub alado,
Grato como la voz del sér amado
Que infunde al alma halagador reposo.

¿De quién es esa voz, cuya armonía
Fué la primera que rasgó los vientos
Por saludar con mágicos acentos
La nueva luz del esplendente día?

¡Ah! tú turbaste el funeral sosiego,
Tú anunciaste el consuelo matutino,
Y al escuchar tu cántico divino
Todas las aves te siguieron luego.

El clarín de la selva! ¡Cuán hermoso
Se ostenta allá sobre escarpada cumbre,
Para gozar de la primera lumbre
Que presta al orbe Febo luminoso!

Al contemplarlo en el pintado Oriente
Derramando su luz á lo creado,
Mezcla el cantor su acento regalado
Con el bramido del veloz torrente.

Desde el raudal de reluciante plata,
Rasgando el velo de la espesa bruma,
Rápido vuela por besar la espuma
Del fondo de la horrible catarata.

Y sus livianas alas humedece
En la ola que pasa murmurando,
Y luego alegre en el ciprés cantando
En las ramas meciéndose aparece.

Canta, pájaro errante, en la espesura,
Que al escucharte el triste peregrino
En la mitad de su árido camino,
Tregua darás tal vez á su amargura.

Canta porque á tu dulce melodía
El corazón de padecer cansado,
De súbito se siente enagenado
En alas de la férvida poesía.

¡Ah! tú tal vez cuando naciera el mundo
Al soplo del Eterno, de improviso
En medio del ameno paraíso,
Lanzaste un canto de placer profundo.

Y con el alma noble estremecida
Tal vez Adán al contemplarte atento,
Elevó su mirada al firmamento
Para ensalzar al que te diera vida.

Tu acento celestial, cantor silvestre,
Infunde al alma bienestar sabroso,
Ya en el seno del soto pavoroso,
O ya en la grata soledad campestre.

Lenitivo de férvidas pasiones,
Bálsamo del dolor, almo consuelo;
!Cuántas veces cesó bárbaro anhelo
De tu voz al sonar las vibraciones!

Tal vez el criminal en la espesura,
Acechando á la víctima inocente,
El brazo ha suspendido de repente
Al escuchar tu angélica dulzura.

Sí; la voz de las aves candenciosa
Es eco de la música del cielo,
Que Dios enviara á nuestro triste suelo
Para alivio del alma congojosa.

Canta, pájaro hermoso, revolando
En el confín del apartado monte,
O rápido atraviesa el horizonte
Siempre tu dulce grito levantando.

Escúchete doquiera en mi camino;
Que si me agobia torcedor secreto,
O he de vivir en mi pesar sujeto
Al capricho de bárbaro destino,

Si alguna vez la negra desventura,
O el falso alhago de mujer traidora,
Mi apasionado corazón devora
Y vierte en mi existencia la amargura;

Llegando á mí tu armónico concento,
Salvaje morador del soto umbrío,
Dilataráse entonce el pecho mío,
De blanda paz al delicioso aliento.

¡Oh! plegue á Dios que cuando dura suerte
Me marque el hasta aquí de mi camino,
Escuche yo tu cántico divino
Entre los brazos de la horrible muerte!



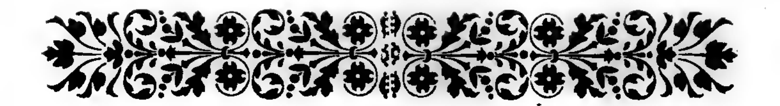
LA MUERTE DEL REDENTOR.

AQUÉL que con su aliento poderoso
Puede apagar del sol la viva llama,
El que en la eterea bóveda derrama
Astros sin fin de brillo esplendoroso:

El que desata al huracán furioso,
El que detiene el rayo que se inflama,
AQUÉL á quien el orbe entero aclama
Sumo Hacedor y Todopoderoso;

Hoy bajo el negro velo funerario
En que el azul del cielo desparece,
En una cruz, humilde, solitario,

Por el dolor rendido desfallece,
Y el pueblo por quien muere en el Calvario
Lo hiere y lo atormenta y lo escarnece.



LA LOCA.

¿QUIÉN es esa mujer en cuya frente
El sello miro de mortal tristura,
Lánguida como el sáuce de la fuente,
Inmóbil, cual la estátua del dolor?
¿Quién es esa mujer? Su cabellera
En rizos se destiende por la espalda,
Cual las ramas de mústia adormidera
Conque el angel del sueño se cubrió.

Es vago su mirar; la vista incierta
Fija en redor é indiferente ríe,
Y queda inmóbil; pero luego alerta

Quiere todos los ruídos percibir.
Y erguida, cual la corza amedrentada
Que acecha el cazador, se para, atiende,
Y al disiparse la visión soñada
Se escucha su sarcástico reír...

Y se inclina y atisba cuidadosa,
Brilla una luz de pronto en su pupila
Y se lanza á ocultarse presurosa
En el estrecho, oscuro camarín.
Toma en sus blancas manos descarnadas
Un ramillete de exquisitas flores,
Y al contemplarlas mústias, deshojadas,
Inclina como ellas la cerviz.

Las oculta en su seno que se agita
Cual la honda de cristal al soplo leve;
Y en otras horas con placer medita...
Las horas ¡ay! de su fatal pasión,
Y sus labios murmuran de contino
El nombre de su bien idolatrado,
Sumergiéndose en éxtasis divino,
Gozando en inefable conmoción.

De su razón en la tiniebla un rayo
Brilla de luz, y vuelve la infelice
Otra vez á su lánguido desmayo,
Otra vez á su estúpido mirar.
¡Pobre idiota, extraviada en el vacío
Como ave de la noche por los vientos,
Sin tregua en su terrible desvarío,
Sin consuelo en su bárbaro pesar.

Juguete de su viva fantasía,
Rodeada de espectros y fantasmas,
Por do quiera le sigue en su agonía
El eco triste del perdido amor.
Siempre delante una visión medrosa
Que le infunde pavor desconocido,
Siempre una voz que le repite ansiosa
De su ventura el postrimer adios.

De su ventura, sí, serenos días
De almo solaz huyeron como el viento
Que lleva las postreras melodías
Que modula el alegre ruiseñor.
De placer y de amor dulces caricias,

Supremas horas de entusiasmo, ensueños
De inefables, purísimas delicias,
Talismán de la vida halagador.

¡Ay! ¡para siempre en la impalpable nada
Os hundísteis!... ¡Pluguiérale la tumba
A esa infeliz idiota, condenada
Sin tregua sus dolores á sufrir...
Si el criminal á quien su amor evoca,
Amante engañador, la mira un día,
Exclamará frenético... «*¡Está loca!*
¡Ay! ¡maldición eterna sobre mí!...





EN EL BAILE.

LIGERA entre la nube de gasa transparente
Que en torno de sus formas se mira derramar,
Cual silfide voluble sus giros muellemente
A sujetar acierta el rígido compás.

Flexible el talle erguido, rosada la mejilla,
Turgente el blanco pecho, los labios de rubí,
De sus divinos ojos en la pupila brilla
Eléctrico un destello de nuestro amor felíz.

Su seno vírgen, puro, contemplo que se agita
Como del lago manso la superficie azul,
El corazón inquieto de súbito palpita,
De la esperanza loca á la radiante luz.

Resbala entonces leve dulcísima sonrisa
Por sus abiertos labios.... sonrisa angelical!
Cual purpurina rosa que al beso de la brisa,
Sus pétalos despliega con tenue suavidad.

¡Ah! ¡cómo me enagena la mágica hermosura!
¡Cuál realza sus encantos su ténue palidez!
Pues que la grana solo de púdica ternura
La prestará sus tintas cuando en mi seno esté.

Entonces cuando el beso de su adorado amante
Reciba con deleite sobre su casta sién,
Cuando articule apenas mi nombre vacilante,
Se encenderá su rostro con vivo rosicler;

¡Feliz, si tal momento llegara al desgraciado
Que canta sus amores con lúgubre compás!
¡Feliz si contra el pecho el suyo enamorado,
Sintiera en un deliquio de gozo palpitar!

También entre mis manos su mano temblaría
Y en éxtasis divino, de su argentina voz
El timbre cual de gusli la grata melodía,
Llegara á mis oídos turbando mi razón.

Felice, muy felice mis trovas con ternura,
Tañendo lira de oro de dulce vibración,
Entonaré, apurando la copa de ventura,
Me anegaré en deleites de celestial amor.

Poblado un horizonte de mágicos colores
Delante de mis días constante miraré:
En el ayer perdido mis bárbaros dolores;
Para mañana siempre las risas, el placer.

Me brindarán los goces con néctar regalado
Que embriague con su esencia mi fatigado sér,
Sobre el turgente pecho de Lesbia reclinado
Yo miraré las penas del mundo con desdén.





Á LA LUNA.

Celeste luminar, muda viajera
Que cruzas por la esfera
Inundando de luz el ancho mundo.
Al admirarte en tu tranquilo vuelo,
El entusiasmo ardiente
Arranca del laúd dulce sonido,
Y á tí se eleva mi abatida frente.

¡Salve, espléndida Luna,
Misterioso fanal que suspendido
Por la mano de Dios en las alturas,
Lanzas tu luz en rayos plateados
Del adormido mundo á las criaturas.

¡Salve, lámpara eterna, que paseas
Por el éter tranquila,
Y en el alto zenít te enseñoreas!
¡Salve otra vez! Yo te amo reverente,
Y cuando el rayo de tu luz divina
Baña ¡oh Luna! mi frente,
Huye el pesar y siento que en el alma
Nace de nuevo la apacible calma.
Así como tu lampo que fulgura
Rasga el parduzco nubarrón que pasa,
Disipas de mi mente dolorida
Las sombras de amargura.

Tu luz, tu luz, para gozar.... ¡oh nubes!
Paso á la Luna, paso:
Dejad que la contemple solitaria
Cual reina de la noche
Majestuosa, ostentándose
En el cóncavo azul del claro cielo....
No hay más que tú, ¡oh Luna bienhechora!
No hay más que tú, para quien sufre y llora.
Yo no puedo mirarte indiferente,
Intérprete de amor, Luna querida,

Porque traes á mi mente
El recuerdo doliente
De la ventura que lloré perdida.

Sube, sube al zenít, callada Luna,
A raudales tu luz prodiga al mundo,
Mírate reflejada en la laguna
Y en las aguas también del mar profundo.
Las nubes agrupadas
Ábrante ¡oh reina! en tu camino paso
Para que luzcas pura y esplendente
Hasta tocar en tu azulado ocaso...
Sube al zenít, declina,
Y mañana otra vez tu luz divina
Regala al mundo, porque adore el hombre
De su Hacedor el sacrosanto nombre.

¡Salve, lámpara espléndida del cielo!
Lleguen á tí mis preces
En la ráfaga azul del aire manso,
Á tí, que desde el cóncavo estrellado
Velas de los mortales el descanso.

Siempre te admiraré, y en larga noche
De la meditación la dulce calma,
Néctar será con que se abrigue el alma,
Y fijando en tu faz mi pensamiento
Entonaré ferviente mi plegaria,
Hasta que al golpe de la dura suerte
Descanse en la morada de la muerte...
Entónces ¡oh Luna! de infeliz poeta
Ilumina la tumba solitaria.



ECOS DEL ALMA.

(PARA UN ALBUM)

CRUZANDO voy el valle de la vida
Infeliz, fatigado caminante
Por dilatado erial,
Sin que encuentre la mente entristecida
Con que curar del corazón amante
El íntimo pesar.

Cruzando voy, cual hoja que arrebata
Con ímpetu feroz allá en los montes
El ábrego cruel;
Ya me acerca á la horrible catarata,
Ya me lleva á lejanos horizontes
En desigual vaivén.

Y si paso entre rosas purpurinas,
Nunca aspiro su aroma apetecible,
Ni admiro su matiz;
Enclávanse en mi pecho sus espinas
Y un ¡ay! me arranca mi dolor terrible
Cuando me siento herir.

No escucho los murmurios de las fuentes,
Ni á mí llega el acento melodioso
De alegre colorín.
Solo escucho la voz de los torrentes
O del siniestro cárabo medroso
El lúgubre gemir.

En vano busco en mi fatal camino
El vivo lampo que en mis sueños veo
De fúlgida ilusión;
Que luchando en los brazos del destino,
Va plegando sus alas mi deseo
Al golpe del dolor.

¿En dónde está la luz de mi esperanza?
¿Dónde la dicha que mi sér aliente
Y embriague el corazón?

¿Qué, no brilla un lucero en lontananza,
Nuncio feliz de la mujer ardiente
Que ame cual amo yo?

No lo sé, y en tan triste desvarío
En las brisas mis lánguidos acentos
Se elevan sin cesar.
Hasta que me hunda en el sepulcro frío
Y piérdanse mis bárbaros tormentos
En la honda eternidad....

En tanto tú, simpática criatura,
Que sin cesar mirando te recreas
Tu grato porvenir,
Sin comprender la agena desventura,
Cuando estos versos solitaria leas,
Acuérdate de mí.





IMPRESIONES

DE INVIERNO.

SILENCIO...! soledad...! En torno mío
No susurran las auras bullidoras;
Prensa mi corazón infortunado
El invencible hastío.
Ya estoy aquí cansado,
Al pié del tronco de la añosa encina,
Trayendo á la memoria
De mis placeres la fugaz historia.
Ya estoy aquí solícito buscando,
Si no el placer, el que perdí sosiego:
Ya cansaron mi oído

Los gritos de la turba bulliciosa,
Que se agita insaciable
En pos de una quimera,
Que nunca ha de encontrar y siempre espera
¡Felicidad! dulcísima palabra,
Vano fantasma que do quier se agita,
Visión indefinible
Que burla la esperanza
Del que de ella detrás se precipita...
¡Ah! sí... buscad cual volador insecto
La llama que os fascina,
Que mañana os veré libre de enojos,
Vueltos leve ceniza ante mis ojos...

....

¿Qué le queda á la mente de esos sueños?
¿Qué queda al corazón de sus amores?
¿En dónde está la fé que me alumbraba
Como nítida lámpara,
La tiniebla al cruzar de mi camino?
¿Qué se hicieron los votos de la hermosa
Que uniera su destino á mi destino?
¿En dónde están...? Mirad la seca encina...
Cayeron ¡ay! sus hojas

Al embate de fieros aquilones.
¡Mirad! mirad su copa blanquecina;
Nieves envuelven el desnudo tronco...
¡Ay! que un invierno al corazón le espera
Y al capricho falaz de la fortuna
Así como las hojas,
Las ilusiones caen una por una.

....

¡La soledad! la soledad tan solo
Presta alivio á mi pecho:
Aquí me place estar con mis dolores,
Aunque en lugar de flores
De mústias hojas me destienda un lecho.
Y pláceme que el viento
Una en lúgubre acento
Mi desolada queja,
Al ingrato graznar de la corneja.
Pláceme oír en vez de los sonidos
Dulcísimos del aura,
El cierzo que suspira
Y entre los troncos y las zarzas gira;
Y me place que en vez de los sonoros
Trinos de ruiseñor en la enramada,

Suene en la peña ruda
El gemido de tórtola viuda...
Y el cielo ante mis ojos encubierto
Con pardas nubes, que en pesado giro
Vierten escarcha en hebras plateadas,
Que luego amontonadas
Son el blanco tapiz de mi retiro.

Canos cipreses, viejos ahuehuetes,
Que contemplais estáticos mi duelo,
Cual pálidos fantasmas,
Yo sé muy bien que volveréis un día,
Como el árido suelo,
A revestiros de pomposas galas;
Y tornará la alegre primavera
Sus mantos de esmeralda,
Tendiendo en la pradera
Y en la desnuda falda
De los erguidos montes;
Y tintos de oro y grana
Se ostentarán los limpios horizontes
En la fresca mañana;
Correrán los arroyos y las fuentes
Con plácido murmurio,

Y en los bellos jardines
Su canto soltarán los colorines.

Mas ¡ay de mí! al ánima cansada
¿Quién volverá la paz que siempre llora?
Se oculta entre las sombras de la nada
La esperanza risueña y seductora
De que halle el corazón su primavera:
Ya jamás volverá... la infausta suerte
Marcó al placer su rápida carrera,
Pasó la juventud con sus amores;
¿Qué me resta esperar? ¡solo la muerte!



LAS NUBES.

Nubes flotantes, húmedos vapores,
Viajeras incansables del espacio,
Que vestís los colores
Del rubí, del zafír y del topacio!
Veros me place; el sol os ilumina
Y le tendeis magnífica cortina.

!Las nubes! silenciosas mensajeras
De las azules cóncavas alturas,
Que destendeis vistosas
En el éter flotantes colgaduras;
¡Oh! ¡cuánto goza el corazón si miro
Vuestro voluble é incesante giro!

Yo os amo, ¡oh nubes! porque acá en [mi mente
Me revela una voz dulce y sonora
En mi delirio ardiente
Lo que allá en vuestros senos se atesora:
Sí, yo comprendo, nubes vaporosas,
Vuestras gigantes cifras misteriosas.

Yo os amo; y cedo al celestial encanto
Que me inspirais, deidades de los vientos,
Y alzo mi ardiente canto
Porque á vosotras lleguen mis acentos;
Y hallando así mi plácido recreo,
Siempre girar sobre mi frente os veo.

Y si en contornos frágiles, livianos,
Al blando soplo del ligero viento,
Revelais los arcanos
De vuestra esencia, entonce el pensamiento
Se dilata en la bóveda del cielo,
Creciendo más mi infatigable anhelo.

Sí; porque miro en vuestras formas varias
De alcázares los muros derruidos,
Las torres solitarias

O de monstruos alígeros unidos,
La fantástica tropa que pelea
Y del poeta el ánima recrea.

Mil perspectivas de óptica brillante
Semejais otras veces: de oro y grana
El astro fulgurante
Con riquísima tinta os engalana,
Y allá sobre las cúspides del monte,
Lentas formais espléndido horizonte.

Cuando brillais ¡oh nubes! y la sombra
Va extendiéndose triste por el suelo,
Sois la mullida alfombra
En que pasean los ángeles del cielo;
Que mientra el mundo en su letargo se [hunde,
Lampo de oro por vosotras cunde.

Mas viene la tiniebla amenazante
Sus crespones tendidos por la esfera,
Y ruge rebramante
El ábrego en su rápida carrera;
Se difunde el terror en la natura,
Y tiembla el universo de pavura.

Los pálidos relámpagos serpean
Con fosfórico brillo; del torrente
Las rápidas ondean,
Truena la tempestad sobre mi frente;
Y allá hasta el centro de la negra nube
Mi pensamiento á deleitarse sube....

Á deleitarse, sí; que esos vapores
Que lleva el viento en revoltosos giros,
Hablan á mis dolores
Y del bardo recogen los suspiros:
Esas nubes también, como mi alma,
Después del rayo gozarán la calma.

¿Por qué tiemblan cual míseros gusanos
Los hijos del placer y los amores,
Los ricos cortesanos,
Al escuchar los vientos bramadores?
¿Por qué se entregan á letal desmayo
Cuando en el éter se desprende el rayo?

¿Y por qué os ocultais tras las cortinas
Y cerrais vuestras góticas ventanas,
Cobardes mesalinas,
Más hechiceras cuanto más livianas?

¿Por qué sentís desgarrador quebranto
Transido el torpe corazón de espanto?

¡Ah! sí; temblad los que en infanda orgía
Los crímenes sedientos apuraron,
Y con torpe ironía
Sacrílegos de todo blasfemaron:
¡Temblad, mientras al son del ronco trueno
Alza el poeta su cantar sereno!

Gózome, sí, con el sonoro canto
Que ajeno de las míseras pasiones
Con júbilo levanto,
Que al rebramar de fieros aquilones,
Resuenan en el cóncavo vacío,
La voz de mi Criador y el canto mío!





A ELVIRA.

¿Por qué doblegas la frente
Con tan hondo sentimiento?
¿Por qué mústio, macilento,
Tiene tu rostro el pesar?
¿Por qué, Elvira, tus miradas
Son de duelo y amargura?
¿Por qué, Elvira, sin ventura,
No sabes más que llorar?

¿En dónde está tu sonrisa
Tan pura y tan hechicera?
¿Dónde van, ave parlera,
Las notas de tu canción?
Elvira, contén el llanto

Que viertes á todas horas,
Y dime á mí por qué lloras
Con tan intenso dolor?

¡Ay! de otro tiempo el recuerdo
Oscilando en la memoria
Tus imágenes de gloria
Te trae en confusión!
Te parece, pobre Elvira,
Que aún á los piés de tus rejas
Te está contando sus quejas
El perdido rondador!

¿Crees, acaso, que lo miras
Airoso, apuesto y galano,
Con tus caricias ufano,
Dueño de tu corazón?
¿Crees que vive todavía
Lleno de amor y ternura
Y dándote la ventura
Que le diste con tu amor....?

¡Pobre Elvira, cual te engañas!
¡Que transición tan amarga!

Que pena tan dura y larga
Sucedió á fugaz placer!
Llora, sí; viertan tus ojos
Las lágrimas á raudales,
Que son eternos los males
Que te dejó tu pasión.

Doblega triste la frente
Desventurada en el mundo,
Que paga el dolor profundo
Con duro sarcasmo vil.
Llora, llora, pobre Elvira,
Y doblega la cabeza,
Que quien perdió su pureza
Debe llorando vivir.....

El mundo nunca perdona,
La sociedad escarnece
Al que sin honor padece
Aunque llore de dolor.
Busca, Elvira infortunada,
En otra fuente consuelo:
Pon los ojos en el cielo
Y alcanzarás el perdón.

DUDA Y MISTERIO.

Á MI AMIGO

LUÍS G. ORTÍZ.

De la profunda nada salimos á la vida
Con sueños en la mente de dichas y de paz;
Vergel de ricas flores, mansión apetecida
Que con halagos tiernos al ánima convida
Los goces á apurar.

Por senda en que destiende la primavera hermosa
Tapices de esmeralda y flores por doquier,

Al borde de las fuentes ó en la arboleda umbrosa
Hallamos las delicias que el alma venturosa
Anhela no perder.

Una expansión suave que dentro el pecho ar-
[diente
Sentimos al contacto de dulce inspiración;
Meciéndose en ensueños magníficos la mente,
No el porvenir, tan solo miramos el presente
Risueño, halagador.

Quimeras mil tan gratas revuelan á porfía
Como la turba leve de sílfides veloz,
Que embriágase y delira la loca fantasía
Y solo amor y gloria entonce el hombre ansía
Con entusiasta ardor.

Y lánzase sediento en pos de los placeres;
Para su gloria el mundo es pobre pedestal,
Do quier la vista fije, mezquinos ve á los seres,
Y busca en senos puros de célicas mujeres
Divina idealidad.

Y canta, y á los ecos de su laúd querido
Despiértase el murmullo de triunfo halagador:

Y á la beldad que el canto sonoro ha conmovido,
Coronas de laureles ante sus piés rendido
La arroja con amor.

Y en plácidos deliquios tranquilas van las horas
Corriendo como corren las olas de la mar;
Cuando sereno el cielo sin nubes bramadoras
Por sus espacios cruzan mil aves, que canoras,
Modulan su cantar.

No mira que en los goces su alma debilita;
No mira, cual mirára un tiempo Baltasar,
Por una negra mano una sentencia escrita,
Sentencia ¡ay Dios! funesta que del placer nos
[quita
El néctar celestial.

Osténtase á lo lejos fatídico nublado
Formando un horizonte de fúnebre crespón;
El corazón sentimos herido, maltratado;
El pérfido destino de súbito ha lanzado
Su torpe maldición.....

La duda, cual gusano que anídase en el pecho,
Hora por hora ¡ay triste! nos roe el corazón;

Buscamos el descanso, y en el mullido lecho
Fantasmas nos persiguen que excitan el despecho;
No hay treguas al dolor.

Quedan al hombre solo dulcísimas memorias
Que adora cual los restos de dicha que voló;
El pensamiento vaga trayendo las historias
Carísimas al alma, de las pasadas glorias
Y del perdido amor.

Y busca en los jardines las flores de su encanto,
Y quiere sus aromas fragantes aspirar;
Las flores delicadas que amó su pecho tanto,
Ahora las contempla marchitas, con espanto,
Sus frentes inclinar.

Y busca los halagos de virgen seductora
Que un tiempo le rindiera sublime adoración...
Bajo el saúz contempla señal aterradora,
¡Ay!... una cruz... se postra, y desolado llora
y eleva una oración.

A veces cruza ráuda como fugace sombra
De su existencia triste por el desierto erial,

Una mujer que ríe; mas á su mente asombra
Fatal reminiscencia, y en su dolor la nombra
«¡Liviana criminal!»

Ante sus puertas llega el mísero mendigo
Con apagado acento causando compasión:
El rostro reconoce del olvidado amigo:
Antes fué grande, y ora pidiendo está un abrigo
Transido de dolor.

¿Qué, todo, todo vuela cual ave amedrentada
Que por los valles cruza perdiéndose fugaz?
¿Y el esplendente brillo que el alma enagenada
Contempla ¡ay! es tan solo una fantasma helada,
Una ilusión no más?

Todo se estingue, muere, como en la tarde amena
El último reflejo del moribundo sol;
Sucédense la calma, el tedio que envenena,
Marasmo que de acibar el corazón nos llena,
Sollozos de dolor.

Vosotras las sensibles, las lánguidas mujeres
Que haceis de la existencia espléndido vergel,

Que sois para la dicha espirituales seres,
Y que ofreceis traidoras, en copa de placeres,
Emponzoñada hiel.

¿Creeréis que porque os mecen magníficas vi-
[siones
En blandas nubes tintas de pálido arrebol,
El genio de los males con torpes intenciones
No verterá de pronto en vuestros corazones
Un filtro de dolor?

¡Ah! sí; que todo vuela cual ave amedrentada
Que por los valles cruza perdiéndose fugaz;
Y el esplendente brillo que el alma enagenada
Contempla ¡ay! es tan solo una fantasma helada;
Una ilusión no más!



A LOLA.

¡DICHOSA la edad florida
De las dulces ilusiones,
Dichosos los corazones
En cuyo centro se anida
El encanto de la vida,
El sentimiento profundo
Del placer y del amor!
Mas oye, Lola, en el vergel del mundo,
Mil espinas oculta cada flor.

Si en la encantada pradera
Donde los claveles crecen
Y blandamente se mecen
Con la brisa lisonjera,

Sientas la planta ligera
Y respiras de las flores
El aroma embriagador,
Teme, Lola, del hado los rigores,
Que hay una espina cruel en cada flor.

Si te deslizas ufana
En el jardín, indecisa,
Revelando en tu sonrisa
Lo que de tu pecho emana,
Sin pensar en que mañana
Una ley aborrecida
Te ha de entregar al dolor,
Tente, Lola, en el prado de la vida
Hay un dardo punzante en cada flor.

Si una ilusión halagüeña,
Si una visión peregrina
Te deslumbra, te fascina,
Y tú al mirarla, risueña,
Cual la onda que se despeña
En el torrente profundo,
La persigues sin temor,
Recuerda siempre, Lola, que en el mundo
Has de hallar una espina en cada flor.

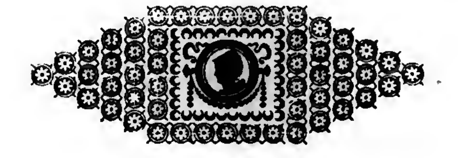
Si en tu mente sosegada
Algún pensamiento arde
Cuando declina la tarde
Y está la vega callada,
Y en tu alma delicada
Ese pensamiento extraño
Te hace desear el amor,
Bien puede, Lola, el mundo por tu daño
Darte agudo puñal, y no una flor.

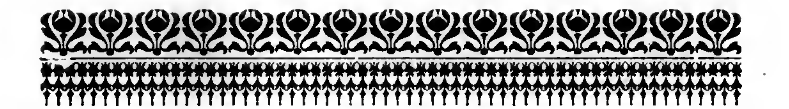
Bien puede en las noches puras
A los piés de tu alta reja,
Contarte su tierna queja,
Y sus crueles amarguras
Y todas sus desventuras,
Apuesto, airoso y galano
Un amante rondador,
No tomes, Lola, flores de su mano,
Que hay una espina cruel en cada flor,

Sí, hay espinas que punzan y hay veneno
En esas flores de la vida, Lola,

No les guarde jamás tu casto seno,
Que estando siempre de virtudes lleno
A ser feliz te bastarás tu sola.

Si has aprendido ya, que en esas flores
Que bordan los pensiles peregrinas
El germen se encerró de los dolores,
Los versos que te escribo halagadores
Son flores, es verdad, mas sin espinas.





LA CENIZA EN LA FRENTE.

Á MI QUERIDO PRIMO

DON FRANCISCO DE ARANDA.

NIÑA de la ebúrnea tez
Y de los rasgados ojos:
De tus hechos esta vez
Voy á ser el recto juez
Si no he de causarte enojos.

Mas te miro triste y muda
Como si la pena aguda
Te rasgara el corazón.
¡Ay niña! no cabe duda
Que adivino la razón.

Ayer gozaste, y fugaz
En el voluptuoso wals,
Te deslizaste galana
De la música al compás
Como sílfide liviana.

Ayer en vivos placeres
Y en delicias sin segundo,
En medio de mil mujeres,
Olvidabas tus deberes
Á los halagos del mundo.

Ayer bulliciosa y loca,
Entre arlequines y godos,
Con inconstancia no poca,
Las palabras de tu boca
Eran dulces para todos.

Ayer como la onda inquieta
Que se despeña en la altura,
Encubriendo tu hermosura
Con inflexible careta,
Te lanzaste á tu ventura,

Y á merced del antifaz,
Y del amor á merced,
Con el lujoso disfraz,
Tendiste á muchos, falaz
Y fementida, una red.

Tu mente en nada repara
Y al corazón obrar dejas:
¡Ay triste del que te amara,
Que no te importan sus quejas
Si no te ha de ver la cara!

Y vendes halago tierno
Al que está mintiendo amores,
Y dejas en un infierno
Al que con amor eterno
Tu senda regó de flores.

Inconstante, veleidosa,
Cual pintada mariposa
Eras reina del jardín...,
¡Ay niña, terrible cosa
Es que todo tenga fin!

¿Por qué te miro doliente
Sin tu mágica sonrisa,
É inclinas mústia la frente,
Donde ostentas tristemente
Solo una cruz de ceniza?

¿Por qué tu rostro mancharon
Con esa señal bendita?
¿Por qué ¡oh flor! te marchitaron
Y de pronto te arrancaron
Felicidad infinita?

¿Por qué decirte, inhumanos,
Que polvo has de ser, hermosa,
Y que todos tus hermanos
Han de ser, cual tú, en la fosa,
El pasto de los gusanos?

¡Ah! ya mi mente adivina
Que el recuerdo te fascina
Del pasado carnaval,
Y que á tu pesar te inclina
Una costumbre fatal.

Ves el terrible contraste
De tu ayer y tu presente,
Conoces que un bien dejaste
Y que tus goces pagaste
Con una cruz en la frente.

En tu frente, sí, tan pura,
Rebosando de ventura
Y de plácido embeleso...
Una cruz... ¡mudanza dura!
Donde recibiste un beso...

¡Terrible, funesta suerte
La del mísero mortal;
Yacer exánime, inerte,
Al soplo de dura muerte
Dentro la urna funeral!

Tienes razón, niña hermosa,
En estar mústia y doliente,
Porque sabes que en la fosa
Tu existencia deliciosa
Ha de acabar tristemente.

Y los recuerdos de ayer,
De placeres y de amores...
Todos vienen á verter
En tu alma ¡pobre mujer!
El germen de los dolores.

Los acentos melodiosos
De la magnífica orquesta,
Los máscaras bulliciosos
Que se pierden presurosos
En el centro de la fiesta.

Y tantas figuras raras,
Y tantas distintas caras,
Y tan distintos matices,
Y tantas almas avaras
De placeres ¡infelices!

A esa loca ebullición
De la alegre multitud,
¿No te viene la intención
De hacer la comparación
Con la paz del ataúd?

¿No piensas que esos que gritan,
Y que apuran la ventura
Y en la ventura se agitan,
Míseros, se precipitan
A la horrible sepultura?

¿Sabes que todos caminan
Por una senda de flores,
Que con la luz se fascinan
Cual insectos voladores
Que la muerte no adivinan?

¡Pobre niña! que en tu daño
Trabaja el mundo inclemente;
Ayer reías inocente
Sin preveer que un desengaño
Te agobiara torpemente!

Esa es de la triste vida
La carrera halagadora:
Donde hoy el placer anida,
Mañana es triste guarida
De pena devoradora.

¿No sabes que muere todo,
Que no hay duradera gloria,
Que de uno ó que de otro modo
Cuanto existe será lodo
En la vida transitoria?...

¡Triste don es el vivir,
Niña de los negros ojos,
Mirar flores, sonreír,
Y luego ¡ay triste! sentir
Que nuestra senda es de abrojos!

¡Oh qué terrible es pensar
En el insondable mar
Donde el hombre desparece!
Porque todo ha de acabar,
Cuanto nace y cuanto crece.

¡Ay, niña! juntos lloremos
Nuestra desgracia inclemente,
Y no nos olvidaremos
De que de vivir tenemos
Con la ceniza en la frente.





EN LA MUERTE

DE LA NIÑA D***

. . . .
Porque al abrirse las puertas
Del misterioso ataúd
Hallan paz, vida y contento
Los que mueren como tú.

ZORRILLA.

TIERNO botón que en el pensil florido
Tus matices apenas ostentabas,
Y en la rama flexible,
A impulso de las brisas odorantes,
Con muelle oscilación te columpiabas.

Virginea flor, purísima azucena
De los jardines del edén caída

Para endulzar de una llorosa madre
Tan solo un día de su triste vida.
¡Oh niña! fué la tuya transitoria
En el áspero erial del mundo vano,
Lo que en la mente de infeliz poeta
Una ilusión de gloria,
Que deja al fin al corazón insano.
Discurrió tu existencia
Como de Abril una mañana hermosa;
Como se posa en el humano pecho
El néctar del placer que deja al alma
Sumida en larga y bochornosa calma.

Pura, risueña, encantadora niña,
Emblema delicado de inocencia,
El mundo era un vergel en que yacías
De aromas regalado,
Con fuentecillas de alabastro tersas,
Con enramadas fértiles, umbrías,
Y al soplo perfumado
Del zéfiro suave
Los blondos rizos que tu sien velaban
Como el armiño blanca, se extendían
Por tus ebúrneos hombros torneados.

Los labios nacarados
Atentos con ternura
Al beso maternal que dulce, ardiente,
Sonaba en tu mejilla
Teñida suavemente
De rubor infantil con leve grana,
Cual la aurora al colorar temprana.
Adormida en pacíficos ensueños,
Regalada con plácidas caricias,
Feliz era tu vida;
Feliz, porque entre mágicas delicias,
El ángel tutelar de tu inocencia
Cubriendo con sus alas
La copa en que se liban los amores,
Iba regando con preciosas flores
La senda que seguías
En tus tranquilos, envidiables días....

De tí corría uraño
El pálido fantasma que amedrenta
Y llaman desengaño.
Las mil visiones de la mente loca
Con que nos brinda el mentiroso mundo,
Del genio huían de nevadas alas

Que á tu lado invisible te seguía
Con silencio profundo;
Y de su labio al aromado aliento,
Tu labio de coral se sonreía.

....

¡Niña felíz! El angel cariñoso
Que des tu cuna te veló risueño,
Nunca apartó su lampo refulgente
Con que alumbró tu sueño:
¡Oh, si por siempre con estrecho lazo
Pudiera estar unida
El alma del mortal á ese angel puro,
Dormir en su regazo,
Y confundir la vida con su vida!....
Mas ¡ay! que de la edad el vuelo triste
Aparta esa visión encantadora,
Y amor y pena, y sinsabores siente
El corazón en la ilusión demente.

Plugo á Jehová que, en tu infantil pureza,
Abandonaras el precario mundo,
Para que tu belleza
No se empañase al soplo envenenado

De las sin fin humanas desventuras,
Y fueras de sus célicas criaturas....

Y ya partiste, ¡oh niña venturosa!
Ya habitas la mansión del paraíso;
Y entre blancos querubes,
Entonas en las harpas melodiosas
De oro, con victoria,
Los eternales himnos de la gloria.

Te estoy viendo bullir á cada instante,
En torno de las gradas de diamante
Del trono en que la planta
Asienta el Hacedor del universo,
Gentil, alegre y pura
Como la brisa del jardín liviana,
Radiando de hermosura,
Entre arcángeles mil que con anhelo
Sostienen agrupados,
De púrpura exquisita
Y pedrería, el pabellon inmenso
En un confín del cielo,
Y allá entre nubes de sagrado incienso.

¡Oh! ruégale al Señor: dile que queda
En la tierra una madre desolada
Que llora tu partida....
¡La segúr de la muerte despiadada
Cortó tan tiernos lazos!
Y al huir, niña pura,
De sus maternos y amorosos brazos,
Las heces apuró de la amargura.

Dile que enjugue su copioso lloro,
Que calme su profunda desventura;
Y que un día felice, bendecida,
A tí se vea para siempre unida:
Esto dile al Señor. ¡Oh! tú, ángel bello,
Que so el excelso trono,
Entonas con victoria
Los eternales himnos de la gloria.





EL OTOÑO.

OYES silbar el viento proceloso
Entre los secos troncos, y en las peñas
No ves cual troza las marchitas breñas?
¿No miras en los tristes arenales
Las pardas espirales
Del fugaz remolino vagaroso?
Mira el bosque desnudo
De sus pomposas galas:
Oye cual lanza su graznido rudo
El cuervo que se aleja
Hendiendo el aire con sus negras alas.

Contempla la arboleda, hermosa mía;
Ya no verdean las copas arrogantes

De aquellos fresnos que prestaban sombra
A la mullida alfombra
Del césped do tranquilo nos sentábamos
A mirar los cristales de la fuente,
Que á nuestros pies besaba mansamente
Las júncias y las cañas.

Los álamos del valle ¡cuán distintos
Se ostentan á mis ojos!
Erizados, desnudos,
Semejando esqueletos
Por cuyos brazos cruza el cierzo impío
Con silbidos agudos...

Mira la negra nube
Que empaña el azulado firmamento
Y vagarosa sube
Con ráudo movimiento:
Y en el ocaso opaco los celajes
Ya no remedan límpidos paisajes;
Cárdenas, tristes nubes se derraman
En informes, fantásticas figuras;
Lentamente se inflaman,
Se agrupan, se levantan perezosas,

Revelando á la ardiente fantasía
Creaciones peregrinas:
Montes, sepulcros, lúgubres ruínas...

¡Oh del ocaso negros nubarrones!
No me auguréis, por Dios, de mi futuro
La perspectiva triste en que algún día,
Seca la flor de la esperanza mía,
Se pierdan mis doradas ilusiones!
No reveléis falaces á mi mente,
Que ese campo sombrío
Que formais pavorosas,
Es remedo del campo en que mañana
Tal vez me arroje mi destino impío!

¡Ah, si tal vez amada de mi alma,
Tras de la dulce calma
Un negro porvenir allá se esconde!
¿No ves que todo muere?
¿No miras esas hojas que se agitan
Marchitas por el suelo?
Mira ¡ay tristes! do quier se precipitan
Con presuroso vuelo...
¿Y á dónde van? ¡Quién sabe! Las arrastra

El poderoso impulso de los vientos,
Y las lleva tal vez hasta el torrente
Donde míseras caigan de repente,
Y entre áridos peñascos se sepulten
Hundiéndose en el cáuce eternamente!

Tú las viste nacer en la pradera,
En tus mejores días,
Cuando pasar solías
En las tardes de alegre primavera.
Tú viste engalanarse la arboleda
Con follaje pomposo,
Viste brotar las purpurinas rosas
Que embalsamaban el ligero viento
Y se mecían graciosas;
Tú viste abrir el cáliz blanco y puro
De la bella azucena,
Do las límpidas gotas de rocío
Eran como tus lágrimas, bien mío!
Y allí escuchaste plácidos rumores,
De las fuentes el lánguido murmullo,
Y de la casta tórtola el arrullo,
Y la armonía también de mis amores...

De mis amores, sí; por vez primera
Sonó la lira mía,
Para decirte en venturoso día,
Hermosa, que te adoro,
Que eres mi bien, mi vida, mi tesoro..........

....

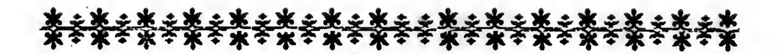
¡Cuán ligeros pasaron los instantes!
¡Ay Dios, que todo muera!
Se alejaron los céfiros flotantes
Cargados del aroma de las flores;
Huyó la primavera
Con sus dulces y lánguidos rumores,
Con sus alados plácidos cantores,
Con su diáfano sol que reverbera.

Se secaron las fuentes apacibles,
Y do las ondas lentas discurrían
Lamiendo el césped de vecina loma,
Hay grutas do la víbora se asoma,
Y reptiles que ráudos se desvían.
El cáuce del arroyo el viento orea
Y crece inútil verdinegra rama,
En vez de la alba flor de la ninfea.

Todo cambió: de la feraz natura
Se agostó el bello manto de verdura,
Y de luctuoso velo
Se cubrió el valle, el horizonte, el cielo...

Así tal vez, de ardientes corazones,
Al embate de rápidas pasiones,
Se extinga la ventura;
Y así tambien en largos sinsabores
Se truequen el placer y la ternura
De nuestros dulces, férvidos amores,
Y mañana quizás... funesta idea!
Cual ese campo estéril y sombrío
Miren ¡ay Dios! tu corazón y el mío...





LA TEMPESTAD.

SONETO.

Ya se agita la mar ondisonante
Al rudo empuje de aquilón bravío,
Y ya truena en el cóncavo vacío
El flamígero rayo amenazante:

Va cundiendo el pavor á cada instante,
Todo está triste, lóbrego, sombrío,
Férvido entonces en el pecho mío
Siento latir el corazón amante.

Y exclamo con acento lastimero:
¡Oh Señor! ¡cuán magnánimo te ostentas!
¡Tiembla á tus piés el universo entero!

¡Ah! sí, bondad, cuánto poder alientas,
Gracia, perdón, misericordia quiero
Del alma en las terríficas tormentas.



EL ANGEL

DE LA INOCENCIA.

Á UNA NIÑA.

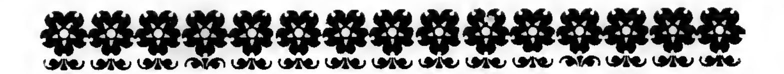
ÁNGEL de blancas alas,
De plácidos ensueños mensajero,
Que abandonando las etéreas salas
Desciendes á la tierra
Á velar cabe el lecho de la virgen,
En cuyo seno encierra,
Como en vaso de oro,
La virtud su purísimo tesoro.

Tiende tu manto de sin par blancura,
Que derrame tu labio
Tu aliento alhagador, blando, apacible,
Sobre la casta frente
De la niña sensible
Que tu influencia mística presiente.

Baja de tu dosel de ricas nubes,
Y á los piés de la hermosa
Deshoja blancos lirios y azucenas,
Dale guirnaldas de jazmín y rosa,
Y aleja de su vista
Del dolor las fatídicas cadenas.

Plegue á Dios que prolongues tu existencia
Al lado de esa niña que te adora,
Pues yo bien sé que la fatal sentencia
En las alas del tiempo,
Le traeré de pesar alguna hora.
Y qué triste será, ¡triste y penoso!
Que al influjo funesto
De una negra pasión, el vuelo undoso
Tornes dejando á la infeliz criatura
La eterna mancha de la culpa impura.
Vela, pues, á su lado eternamente;
Angel de blancas alas,
Conserva intacta su serena frente,
Y no emprendas el vuelo de repente
A las etéreas salas.





VEN Á GOZAR

Ven á gozar la fresca sombra
Del álamo frondoso,
Ven á gozar delicias á mi lado;
Aquí de grama en la mullida alfombra
Oirás el regalado
Murmurio del arroyo presuroso.

Ven á gozar: mil músicas suaves
Escucharás, bien mío;
El eco de paloma gemidora,
El dulce trino de parleras aves,
Y la canción sonora
Que entone en mi amoroso desvarío.

¡Ah! ¿No lo ves? la soledad me inspira
Cántigas de ternura;

Sólo por tí las cuerdas olvidadas
Suenan ¡oh Blanca! de mi pobre lira;
Sólo por tí de historias malhadadas
El recuerdo se aleja de amargura.

La floresta feliz, el verde prado,
La vega revestida
De mirtos y de rosa, el sol umbrío,
El arroyo que corre sosegado,
Todo en el pecho mío
Infunde la ventura apetecida.

Viviremos, aquí de blancas flores
Coronaré tu frente;
Guirnaldas tejeré, graciosos lazos,
Emblema de los férvidos amores:
¡Ay! viviré en tus brazos,
Viviré para amarte eternamente.

Ven á gozar ¡oh Blanca primorosa!
Ven á gozar la calma
Conque nos brinda ufana la natura,
Sólo aquí encontraremos deliciosa
La anhelada ventura,
La blanda paz conque se embriaga el alma.



EL 15 DE SEPTIEMBRE.

Coronada de rosas y jazmines,
Arrullada por auras sonadoras,
En medio de recónditos jardines
Que guardan por do quier aves canoras;
Perdiéndose á lo lejos sus confines
Del Oceano en las ondas bramadoras,
América felice é inocente
Muelle doblega la morena frente.

Era un tiempo de paz; serena, pura,
La faz del indio descuidado enseña
Sello de libertad y de ventura;
No conoce opresor, ni se domeña,
Ni bebe en sus placeres la amargura:

Todo le brinda amor: la dura peña
Le muestra en sus entrañas el tesoro,
Y ve á sus plantas con desdén el oro.

Tierra feliz donde las fuentes nacen
Y en trenzas plateadas se deslizan,
Y luego en mil corrientes se deshacen
Y las plantas y flores fecundizan.
Tierra feliz en cuyo seno yacen
Riquezas que tu nombre inmortalizan,
Tierra sin par y de deleites nido
A torpes ambiciones escondido.

Joya del mar que codició el hispano,
Reina del septentrión, virginea fada,
Que roto el velo de insondable arcano
En tu solemne soledad callada
Te halló Colón, de sorprenderte ufano,
Porque miró la Iberia engalanada,
Pese á tu llanto y tu dolor profundo,
Con el nuevo pendón del Nuevo Mundo.

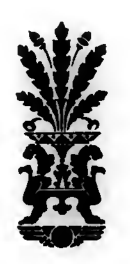
¡Cuán amarga es la suerte del que apura
Tras tanta libertad infamia tanta;
En vano el lazo deshacer procura

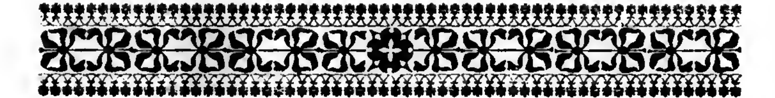
Que sin piedad oprime su garganta.
En su terrible y larga desventura,
Las abatidas sienes no levanta,
Y llora triste sus agudas penas
Al monótono son de sus cadenas!
Lentas fueron las horas de agonía,
Tan lentas cual las horas del que pena;
Ya el tiempo tardo indiferente unía
El cuarto siglo á su eternal cadena.
¿Pero tanto baldón soportaría
Aquél que amó la libertad serena?
¡Oh cual latió, de encono soberano
El noble corazón del mexicano!

¡Libertad! exclamó la voz de un hombre,
Y denodado, intrépido y valiente
De esa sagrada libertad en nombre,
Arroja el guante á la española gente
Así adquiriendo perennal renombre.
¡Libertad! repitió: súbitamente
Se difunden do quier allá en Dolores
De libertad los férvidos clamores.

Cual los hijos del águila altanera
Que entre los musgos de maternos nidos,

Tiende la vista por la azul esfera
Y tras el sol se lanzan decididos;
Los hijos de la América hechicera,
En su cuna infelices oprimidos,
Viendo un cielo mejor su inteligencia
Gritaron: *¡libertad, independencia!*





EN LA CAVERNA

DE CACAHUAMILPA.

ESPLÉNDIDA mansión, recinto umbroso
De silencio y de paz augusto templo:
De tu imponente majestad ansioso,
Extático y absorto te contemplo!

Asiento ya mi planta en tus umbrales,
Ávido de gozar, negra caverna;
Y huyendo las visiones mundanales,
Medito solo en tu tíniebla eterna....

La mente se consagra enajenada
De tu esencia al misterio sorprendente;
Tu sublime quietud, tu calma helada
Imprimen el terror sobre mi frente.

Y mientras más te miro, de otros días
Se pierden los recuerdos halagüeños,
Y el torcedor de las desgracias mías,
Y el talismán de mis queridos sueños.

Que en esta soledad terrible y muda
Se sofoca la voz de las pasiones;
Del humano dolor saeta aguda
No puede herir aquí los corazones.

Esta es mansión de paz, donde no suenan
Del loco mundo aterradores gritos;
Los pensamientos que la mente llenan,
Son pensamientos del Señor, benditos.

El aire frío en el peñón no zumba,
Todo está quieto, solitario, inerte:
El funeral silencio de la tumba!...
La fatídica calma de la muerte!...

¡Cavidad espantosa, fiel remedo
Del caos, tu perdurable calma,
Con las torpes imágenes del miedo,
La fé, la religión infunde al alma!

Y vagando el inquieto pensamiento
Fugaz con la exaltada fantasía,
Creaciones mil se forja en el momento
Con que la mente loca desvaría.

En los pardos peñascos se levantan
Formas extrañas cual de blanca nieve,
Y son visiones que á la mente encantan
De sílfides la tropa que se mueve.

Ya en derribada piedra que semeja
Negro sepulcro, elévase liviana,
A la luz de las teas que se aleja,
La blanca imagen de figura humana.

Ya en gigantesca, suspendida roca
Que se destaca en la tiniebla oscura,
De horrible monstruo la entreabierta boca
El loco pensamiento se figura.

Ya en un rincón de la profunda grieta
Hay una forma que á la mente pasma;
Cual si estuviera á su pesar sujeta,
Se asoma á espiar blanquísima fantasma....

Y del suelo se elevan caprichosos
Grupos informes de luciente plata,
Que ya parecen túmulos hermosos,
O ya espumas de ráuda catarata.

Ya se eleva un ciprés magestuoso,
Ya un obelisco se divisa lejos;
Y á todo dan aspecto pavoroso
De antorchas mil los cárdenos reflejos.

¡Oh cuál se acerca en confusión liviana
Turba fugaz de misteriosos seres!
Y es una masa que en huír se afana,
Ya es el tropel de alígeras mujeres.

Ya con destreza que á la mente asombra,
Rápida como el vuelo de una idea,
Cruza una hada gentil entre la sombra,
Y luego en el espacio se cimbrea...

Este es el templo de los blandos sueños,
Que salen en las noches calorosas
Á derramar narcóticos beleños
En el seno de vírgenes hermosas.

Este es el lugar de tétricas visiones
Con que delira el mísero poeta;
Con sus jigantes pálidos peñones,
Con su aura muda, perezosa, quieta...

¡Ay! al mirar la altísima techumbre,
Por mi mente cruzó terrible idea...
Desprendida esa piedra de su cumbre
Tal vez la losa de mi tumba sea!

....

Este silencio eterno, pavoroso,
¿Por qué ha sido de pronto interrumpido?
Se oye un rumor siniestro y vagoroso
Por mil ecos sonoros repetido.

Unas veces la mente se figura,
De su delirio en el fatal exceso,
Oir suspiros blandos de ternura,
O el eco dulce de lascivo beso.

Otras veces el eco prolongado
De lejano gemir triste y profundo,
O el ¡ay! en las tinieblas exhalado
Por el labio glacial del moribundo.

¡Oh, cuánta imagen á la mente asalta
Lejos del sol en sótano horroroso!
¿Por qué en el pecho el ánimo nos falta?
¿Por qué palpita el corazón medroso?

¿Por qué al cruzar los duros peñascales,
Tocando ya á su fin la escasa tea,
Ansiamos por llegar á los umbrales
Para gozarnos en la luz febea?

¡Oh sol! que nunca mandas el consuelo
A estas salas terríficas, desiertas;
Sin tí las juzgo en mi profundo duelo
Ser de la eternidad las negras puertas!...

¿Qué sentimiento al corazón inunda,
Que me sumerge en éxtasis extraño?
¡Negra morada, sepulcral, profunda,
Como la herida cruel del desengaño!

Espléndida mansión, recinto umbroso,
De silencio y de paz augusto templo:
De tu imponente majestad ansioso,
Estático y absorto te contemplo!

¡Magnífica creación, misterio santo!
¡Oh Dios! tu ciencia para el hombre ignota,
Fácilmente formó prodigio tanto
Con escondidas fuentes gota á gota!

Y qué mortal con cínico desvío,
Al visitar este recinto oscuro,
Se atreverá á negar tu poderío
Con torpe labio y corazón impuro?

¡Ah! tu poder?... tal vez de siglos ciento
En la época perdida los mortales
Provocarían tu furor violento,
Y les enviaste asoladores males...

Tal vez ¡oh Dios! con mano destructora
Sacudiste los mundos y el abismo,
Y quedó esta mansión aterradora,
Muestra del espantoso cataclismo!....

....

Señor! aquí conozco tu grandeza!
Aquí mi pequeñez y mi locura;
Aquí inclino humillado mi cabeza,
Aquí lloro también mi desventura.

Yo oí una voz, un eco melodioso
Que te ensalzó en las bóvedas del templo:
Ñunca te ví tan grande y poderoso
Cual en este recinto te contemplo!

¡Ah! por eso al dejar esta caverna,
Negra como la noche de la duda,
Sólo pensaba en tu bondad eterna,
Sólo pedí tu celestial ayuda.

Y por eso con fé, con entusiasmo,
Al olvidar fantásticas ideas,
Cuando no me abrumó siniestro pasmo
Exclamé al ver la luz: «¡Bendito seas!»





EN EL ALBUM

DE UNA NOVIA.

¿Y he de mezclar un eco á los acentos
Del bardo que te canta,
Adunando á sus plácidos concentos
La indiferente voz de mi garganta,
Que vaga en alas de lejanos vientos?
¿Qué te importa el gemir de otros cantores,
Ni que al són de la cítara armoniosa
Te cuenten con ternura sus amores,
Ó que á tus piés depongan
Ricas coronas de exquisitas flores?
¿Qué le importa á la tórtola escondida
El canto de otras aves,
Si en la copa del álamo sombrío,
A su dulce reclamo,

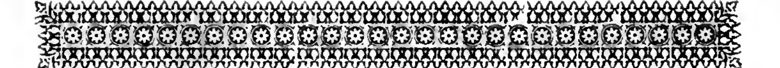
Con notas como el céfiro suaves,
Responderá su adorador: «bien mío,
Velo por tí, te amo?»

¿Qué importa al ave que entre mirtos posa
Al lado del que ama,
Ni el rumor de la brisa dulce y lento,
Ni la canción más grata y melodiosa
Si ya eligió para su amor la rama,
Lecho feliz, apetecible asiento?

En vano asoma por el rico Oriente
La aurora con sus tibios resplandores,
Dando toques de nácar refulgente,
Ó vistiendo el espacio de colores
De cambiantes sin fin; en vano el río
Más raudo y más sonoro
Prodiga esos murmullos, dulces, vagos,
Cual plácidos halagos
A los amantes corazones tiernos;
En vano la sin par naturaleza,
Fecunda en galas, regia y esplendente
Se ostenta en su pureza
Inundada de luz resplandeciente;

Que si al sensible pecho enamorado
Falta el aliento de su bien querido,
Todo al través de un velo,
Ante su inquieta vista destendido,
Lo ve pasar en su tenaz empeño
Cual las visiones de agitado sueño:
La tierra, el mar, el horizonte, el cielo.

Perdona, pues, que en medio de tu calma
Arranque de mi lira,
Al comprender la inspiración del alma,
La ardiente trova que tu sér me inspira.
Yo bien sé que este canto
Es el gemir del ave extraña y sola,
Es el acento triste, aunque ferviente,
Que la tórtola escucha indiferente
En las ramas del álamo sombrío;
Mas comprende también que solo anhelo
Que desplegado ante tu vista el velo,
Todo en redor lo mira
Risueño, encantador sobre la rama
Que ha elegido el poeta que te ama,
Lecho feliz bajo el dosel del cielo.



A VARIAS PERSONAS

QUE CELEBRARON

EL CUMPLEAÑOS DEL AUTOR

En blanda cuna mecido,
Por mis padres arrullado,
Vine á este mundo florido,
De placeres circuído
Y á llorar predestinado.

De mis años infantiles
Las dulces horas pasaron,
Pasaron ya los abriles
Y las rosas se secaron
De mis risueños pensiles.

Esa edad tranquila y pura,
Esa aurora de ventura
En que vaga el tierno niño
Con la custodia segura
Del acendrado cariño.

Esa edad de la inocencia
En que se guarda la esencia
De la paz y del candor,
Y en que corre la existencia
Como arroyo sonador.

Edad de puras caricias
Y de goces sin segundo,
Venero de amor, fecundo,
De inagotables delicias
Con que nos halaga el mundo.

Edad en que tiene el cielo
Tendido el zafíreo velo
Para gozarnos en él,
Y en que esconden en el suelo
Los desengaños su hiel.

Edad en que tiene el viento
Murmullos halagadores,
Aromas gratos las flores
Y apacible movimiento
Los arroyos bullidores.

Las aves trinos canoros,
Los lábios dulces sonrisas,
La naturaleza coros,
Murmullos blandos las brisas
Y las caricias tesoros.

Esa edad encantadora
En que el ánima atesora
Tanto plácido embeleso:
Una dicha en cada hora,
Una vida en cada beso.

Esa edad ¡destino impío!
Pasa como pasa el viento,
Que se extiende en el vacío,
Como las ondas del río
Que se desliza violento.

Huye, sus ligeras huellas
Se disipan lentamente
Cual se borran las estrellas
Cuando va á alumbrar en ellas
La luz del rosado Oriente.

Y allá dentro el pecho tierno
Que abrigó tan pura calma
Hay un sentimiento interno,
Hay un fuego que á un infierno
Arroja después al alma.

Y así como al limpio cielo
Enviaron los aquilones
Los revueltos nubarrones,
Cubre á la razón el velo
De las férvidas pasiones.

Y como la linfa pura
De la fuente que murmura
El negro cieno empañó,
Así el alma en su ventura
Su diáfana luz perdió.

Y aquellos sueños dorados,
Y aquel anhelar secreto
De goces tan delicados,
Y aquellos juegos preciados
Do está el corazón tan quieto.

Volaron !ay Dios¡ volaron
Cual aves que se espantaron
Del vergel de la inocencia;
Que negras se presentaron
Las penas de la existencia.

Como si entre frescas rosas,
Entre acacias y mimosas,
Viera en agradables huertos
Esas formas espantosas
Del chacal de los desiertos.

Y en el tranquilo horizonte,
Do la aurora se meció
Y su tibia luz mandó
Sobre la cima del monte,
El huracán se agitó.

Y entonces el pecho siente
Una sed devoradora,
Y cruza por nuestra mente,
Risueña, resplandeciente,
Una visión seductora.

Delira el alma y al fin
Un hermoso serafín
Nos brinda con los placeres:
Penetramos al festín
Y amamos á las mujeres.

El amor y la armonía,
El vino con sus excesos,
Al alma loca desvía;
Las danzas y la alegría,
Las caricias y los besos.

Y van corriendo veloces,
Como las ondas sonoras,
Las horas tras de las horas
En medio de muchas voces
De placer murmuradoras.

Hasta que de gozo henchido
Siente el corazón la pena,
Y de cansancio rendido
Hay en el pecho escondido
Tósigo que lo envenena.

Se siente luego el desvío
Y la molicie y la duda
Clavando saeta aguda,
Y en desgarrador hastío
El dulce placer se muda.

Incomprensible vaivén
Entre el placer y el tormento,
Sueños de encantado edén,
Pero que encierran también
El gérmen del sufrimiento.

Vaga impresión que la mente
Halaga y al alma envía
A surcar tranquilamente
El íris resplandeciente
De la férvida poesía.

Misterio grato, visión
Blanda y halagüeña y pura,
Présaga de la ventura
Que encubre con la ilusión
El cáliz de la amargura.

Jazmín que naces ufano
Y que te meces galano
En ese vergel frondoso...
¡Ay! al tocarte, la mano
Siente el áspid venenoso.

Genio ciego, incomprensible,
Que adormeces la razón
Para saciarte insensible
En el tormento terrible
De este pobre corazón.

¡Quién pudiera adivinar
Al través de esa ilusión,
Que al erigir un altar
A la mujer, hay que dar
A un infierno el corazón!

Porque es muy triste ¡Dios santo!
Posar la mano en un cielo,
A la mujer amar tanto,
Y al fin, verter nuestro llanto
Sobre un corazón de hielo.

No pensar que en los dolores
El alma tal vez sucumba,
Embriagarse en los amores
Y... arrojar fragantes flores
Sobre el mármol de una tumba.

Porque en medio del placer
Y de la dulce afición,
Con las memorias de ayer
¡Ay! nos viene á sorprender
La triste meditación.

Y entonces vemos ¡Dios santo!
¡Cuánto deliramos, cuánto,
Con pueriles devaneos,
Con insensatos deseos
Que ahora nos llenan de espanto!

Sí, porque todo perece
En este mundo fatal,
Porque todo nace, crece
Y en el dilatado erial
De la nada desparece.

Porque no hay una ilusión
Ni un momento de ventura
De que goce el corazón,
Sin su amarga decepción,
Sin siglos de desventura.

Y cuando á la mente asombra
Desgarrador pensamiento
De que en la florida alfombra,
Que piso, pára una sombra
Que está anunciando el tormento;

Cuando he penetrado ya
De la vida halagadora
En el sendero, quizá
Pensando en el más allá
Que me espanta á cada hora;

Cuando en la noche callada,
Al ronco sonar del viento,
Se oye del reloj violento
La lúgubre campanada
Con pausado movimiento;

Cuando fijamos la vista,
Llenos de siniestro pasmo,
En el reloj, se contrista
El alma que en frío marasmo,
Torna el febril entusiasmo;

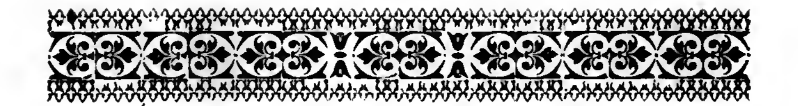
Cuando en negra desazón,
Y en fastidiosa ansiedad,
Me grita ¡ay Dios! la razón
Que es cada año ¡oh condición!
Un paso á la eternidad!

Vosotros con vuestras risas,
Con vuestra dulce alegría,
Me estais dando tantas prisas
Porque no sienta las brisas
Que gastan la vida mía.

Quereis que no piense ahora
En que la vida se pierde,
Que se muere hora por hora,
¡Ay! querer que no recuerde
¡Verdad desconsoladora!

Mas mientras viene el helado
Viento de la adversidad,
Gocemos hoy sin enfado,
Que no importa que haya dado
Un paso á la eternidad!





A MARIA INMACULADA.

¡Salve, divina emperatriz del cielo,
Como la gracia pura,
Mística luz de paz y de consuelo,
Tesoro de hermosura!

¡Salve, limpio fanal resplandeciente
De donde el sol fecundo
Toma su luz para lanzarla ardiente
Al adormido mundo!

¡Salve otra vez! ¡mil veces salve, oh fruto
Del grande pensamiento
Más bello del Señor! débil tributo
Te da mi acatamiento.

Permite, ¡oh diva, celestial María
Que tu pureza cante,
Que desde el mundo triste la voz mía
Con júbilo levante.

Porque en el coro fiel de tus loores,
Cual la naturaleza,
Tienen voz en el mundo los cantores
Y amor y fortaleza.

Que al himno universal que te saluda
Si nace ó muere el día,
No hay un acento que á formar no acuda
Torrentes de armonía.

Los suspiros suavísimos del viento
Que murmullos levanta;
Ó las vibrantes notas de contento
Del pájaro que canta.

Los ecos que recorren vagarosos
Las peñas de las lomas,
Los rumores del campo misteriosos,
La voz de las palomas.

El dulce arrullo de la inquieta fuente
Con espumas de plata,
El río fugaz, el rápido torrente,
La ronca catarata.

Desde el estruendo de la mar crecida
Hasta el zumbido leve
Del insecto que en la hoja desprendida
Con lentitud se mueve;

Todo, Señora, todo cuanto abarca
El valladar del mundo,
Tu alma pureza inmaculada marca
Con júbilo profundo.

Por eso yo, cantor abandonado,
Medroso é importuno,
A ese dulce concierto regalado
Mis cántigas aduno.

Que si laxas las cuerdas de mi lira
No dan sublime acento,
Con fé en el corazón la mente inspira
El místico portento.

Porque al negar tu luz, réprobo altivo,
Desenfrenado miente;
Cual si osara negar el rayo vivo
Del sol, que mira y siente.

Yo no, que ante esa tu pureza suma
Prostérnome rendido,
Y grande admiración mi mente abruma,
Me siento conmovido.

Yo no, que ciego ante la inmensa ciencia,
Se inflama la fé mía:
El soplo del Señor te dió existencia
Y te llamó María.

Jamás el mismo Dios otro portento
De gracia y hermosura
Concibió, ni en el limpio firmamento
Hay estrella más pura.

Cuando vió Nazareth entre sus flores
A la hija de la anciana,
Contuvieron los mares bramadores
Su fuerza soberana.

Las brisas, respetándola, plegaron
Sus alas rumorosas,
Y del cáliz purísimo exhalaron
Aromas mil las rosas.

Los mundos, de placer estremecidos
Con asombro la vieron...
Los siglos en la nada removidos
El porvenir leyeron...

En el cielo los ángeles en coro
¡Hosana! repetían,
Sobre nubes riquísimas de oro
¡Pura será! escribían.

Y pura fué por ley del Increado,
Casta, inocente, santa,
El monstruo abominable del pecado
Humilló con su planta.

Y no pudiendo hacerla la serpiente
De su poder esclava,
Al abismo tornóse, é impotente
Gimió la turba prava.

Ley sábia fué; que si Jehová reside
En trono de diamante
De alto poder al pensamiento impide
Penetrar un instante;

¿Cómo el Hijo de Dios que allá tornara,
Tener pudo otro seno
Que el de María, que jamás manchara
De la culpa el veneno?

Cuanto hay dulce en la paz y en la espe-
[ranza
Cuanto hay de grande y bello
Tu nombre guarda; que de eterna alianza
Es el eterno sello.

De tu divino aliento embalsamado
Tres ángeles nacieron,
Que un rayo de tu luz han conservado
Desque al mundo vinieron.

Pureza, Castidad, dulce *Inocencia,*
Sus nombres son preciados:
Y sin tí se ofuscara su existencia
Del ánima ignorados.

En tu aliento raudal de fé sincera,
De mística poesía,
Y tu amor es la fuente verdadera
De la virtud, María.

Por eso de los cielos moradora
En melodioso coro
Te ensalzan los arcángeles, Señora,
Con cítaras de oro.

Y en tu sublime magestad al mundo
Contemplas á tus plantas,
Que te dirige con amor profundo
Y fé, sus preces santas.

¡Ah Vírgen pura que en el alto cielo
Moras al lado del Señor, el llanto
Benigna escucha que fecunda el suelo,
Concede al triste que emprendiendo el vuelo
Vaya á besar las orlas de tu manto.



ATTILA

AL SR. D. IGNACIO MARINI.

—¿A dónde vamos?
—A donde me lleve la ira de Dios.
. . . .

ATTILA.

CRUEL, que á todo tu poder domeñas,
Rudo salvaje de mirada ardiente,
Bravo león de fuerza prepotente
Que tus uñas afilas en las peñas:
Tanto en el crimen sin cesar te empeñas,
Tanto es terrible tu furor rujiente
Que huye temblando la azorada gente
Si tus dientes agudos les enseñas.
Contemplando tu encono irresistible
Te demandan el fin de la jornada:
Tronchas la yerba que tu planta mueve
Con la sangre de víctima mojada
Y... «¡vamos!» les respondes impasible
«A donde la ira del Señor me lleve.»



EL POETA Y LA MUJER.

Con visiones risueñas en la mente
Y con robusta voz en la garganta,
Alta y serena la espaciosa frente,
Lo que el poeta siente,
Lleno de fé con entusiasmo canta.

Acaso dura ley irresistible
Con su lira no más y sus dolores
Lanzole enmedio de borrasca horrible,
Y el corazón sensible
Espinas encontró buscando flores.

Enmedio de sus sueños infantiles
Un edén le mostró su mente loca;
Pero pasaron presto los abriles

Marchitos los pensiles,
En vano instantes de placer evoca.

Y si en una mujer, arrebatado
Por delirio de amor, puso su alma,
Después ¡ay Dios! su corazón cansado,
Herido, maltratado,
Perdió su fé, su placentera calma.

Y solo y triste por fatal camino
Busca una luz y siente de improviso
Que á impulso de su pérfido destino,
Cansado peregrino
Atrás dejó su dulce paraíso.

Y jamás volverá; porque las horas
Hundiéronse en el polvo de la nada,
Sus locas esperanzas seductoras
Son yertas moradoras
De la tumba terrífica y helada.

Nada le queda ya; sus ilusiones
Como pardas alondras revolaron
Para alentar sus férvidas pasiones,
Y á incógnitas regiones
En confusión alegres retornaron.

Sin fé, su corazón medroso late;
Sin creencias, su espíritu vacila;
Sin esperanzas, lánguido se abate...
¡Ay desdichado vate,
A quién la suerte pérfida aniquila!

¿Pero no hay una mano protectora
Para el que sufre en el mentido mundo?
¿No suena de placer alguna hora
Para el que triste llora
Desesperado su dolor profundo?

El moro en los desiertos espantosos
Oásis florido enagenado toca:
El náufrago en los mares procelosos
Los brazos tiende ansiosos,
É invocando á su Dios halla una roca.

El infeliz que gime entre cadenas
Al fin de libertad escucha el grito
Y la deseada luz que viera apénas
La contempla sin penas
Extenderse en el cóncavo infinito.

Pues bien, el poeta en su desierto mudo
Oásis de flores encontró dichoso,

Contra la adversidad del tiempo rudo
Hallar consuelo pudo:
Un corazón que le ame bondadoso.

Y entónces concentrando en su ventura
De maga fiel con los amantes brazos,
A apurar los deleites se apresura,
Uniendo con ternura
De ardiente amor los esmaltados lazos.

Entonces deposita sus cantares
Como dulce holocausto en puro seno:
Rompe el ídolo vil de otros altares,
Y olvida sus pesares
Y aparta de los lábios el veneno.

Y cruzando en el valle de la vida
En paz ansiada y en quietud dichosa,
El destino cruel no le intimida
Y en la final partida
Tranquilo mira la entreabierta fosa.



INDICE

PRIMERA PARTE

MIÑONETAS

Páginas.

SEGUNDA PARTE

MIS PRIMEROS VERSOS

Páginas.

